



Gorelik, Adrián

Mapas de identidad : la imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional : de Ezequiel Martínez Estrada a Bernardo Canal Feijóo



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Gorelik, A. (2001). *Mapas de identidad: la imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional: de Ezequiel Martínez Estrada a Bernardo Canal Feijóo*. *Prismas*, 5(5), 283-311. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2713>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Ponencia

Mapas de identidad

*La imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional: de Ezequiel Martínez Estrada a Bernardo Canal Feijóo**

Adrián Gorelik

UNQ

“Desde hace algún tiempo, la Argentina tiende la Pampa a los extranjeros, como tendemos la palma de la mano a los quirománticos célebres.”
Victoria Ocampo, “Quiromancias de la Pampa”, 1929.

¿Cómo interpretaba el ensayo de interpretación? ¿Qué procedimientos empleaba para producir lo que se reconoce como una de sus principales marcas de agua, sus imágenes sintéticas de la realidad? Hoy no cabe duda de que la relación entre aquellas imágenes y la realidad que se proponía desentrañar no fue meramente derivativa: agotado ya hace tiempo el ciclo clásico del ensayo, agotadas muchas de sus canteras ideológicas y formales y, por ende, desvanecido en su sentido polémico, es fácil coincidir en el carácter demiúrgico de algunas de sus más poderosas imágenes, en su capacidad constituyente de fragmentos completos de realidad. Paradójicamente, si se quiere, este reconocimiento inviste al ensayo de una nueva vida, ya que permite ver que algunas de las imágenes que produjo, convertidas en condición de posibilidad de la realidad que interrogaban, pudie-

ron sobrevivirlo. De allí la fuerza del ensayo en sus mejores manifestaciones, y de allí el interés creciente por interrogarlo más que como clave de interpretación, como fuente compleja de representaciones.

En esta dirección me propongo analizar un aspecto circunscripto del universo figurativo del ensayo de interpretación en la Argentina: su imaginación territorial.¹ Propongo, para

¹ Este análisis debe ponerse en continuidad con algunos trabajos anteriores: especialmente, el realizado en colaboración con Anahi Ballent, “País urbano o país rural. La modernización territorial y su crisis”, para el vol. VII de la *Nueva Historia Argentina* (volumen sobre la década de 1930 dirigido por Alejandro Cattaruzza), Sudamericana, Buenos Aires, 2001. En ese trabajo están desarrolladas las relaciones entre las transformaciones territoriales y el ensayo de interpretación, tema que no vuelvo a retomar aquí pero que es un marco de referencia fundamental para comprender este enfoque más circunscripto sobre el ensayo mismo. Esta ponencia debe mucho, además, a la reflexión colectiva que está produciendo un grupo más amplio de investigadores, organizados en el Programa de estudios sobre el territorio dirigido por Graciela Silvestri y Fernando Aliata; en este caso en particular, he recibido gran ayuda de materiales de la propia Silvestri, de Silvina Quintero, Irina Podgorny y Patricia Souto, cedidos generosamente.

* La ponencia presenta resultados de la investigación realizada a partir de 1998 con una beca de la Rockefeller Foundation y el Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti” para el Programa *Pro Scientia Et Patria. Los museos argentinos y la construcción de un patrimonio nacional*.

ello, seguir el recorrido de esa imaginación entre la obra de Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964) y la de Bernardo Canal Feijóo (1897-1982), dos ensayistas muy diferentes por muchas razones, tanto en la propia obra y en la proyección que ella obtuvo como en sus perfiles intelectuales. Ambos han quedado asociados en la historia cultural argentina a través de la demoledora y multicitada reseña que Canal Feijóo publicó sobre *Radiografía de la pampa* en 1937 en la revista *Sur*, revista con la que ambos mantuvieron relaciones estrechas. Así que puede sorprender que se los asocie en una voluntad interpretativa común; de hecho, no es tanto la voluntad interpretativa lo que los reúne, sino una similar necesidad de encarnar sus figuraciones de identidad en metáforas territoriales. Podríamos decir que en la economía de producción de sentido de ambos ensayistas la definición de significados sociales y culturales del territorio –digamos, la imaginación socio-espacial– ocupó un lugar tan importante como para que podamos hacer ahora el ejercicio retrospectivo de componer en mapas sus diferentes hipótesis sobre el país: recorrer sus ensayos como guías cartográficas de sus búsquedas de la identidad.

1. Quiromancias

En primer lugar, conviene precisar el tipo de imaginación socio-espacial que ponen en juego estos autores, su especificidad frente a una muy larga tradición que explica al hombre y su cultura a partir de su condición geográfica. Esta última tradición es mucho más conocida: de allí surge la antropogeografía, uno de cuyos principales puntos de arranque se identifica en Montesquieu, en los capítulos de *Del espíritu de las leyes* que tratan sobre las relaciones de las leyes con la naturaleza del clima o del suelo, lo que pone en evidencia el error frecuente de reducir esta tradición a una concepción romántica, aunque el romanticis-

mo construyó una de sus versiones más influyentes. Canguilhem va incluso más atrás y plantea que debería considerarse el tratado hipocrático *Sobre el aire, las aguas y el lugar* la primera obra que dio forma filosófica a esta concepción, cuya consolidación él ve desenvolverse a través del tratado político clásico, desde Maquiavelo, formando un hilván que finalmente, a comienzos del siglo XIX, se densificará en el tejido de disciplinas científicas específicas, como la geografía, de Ritter y Humboldt a Ratzel, de tanta influencia en la historiografía, ahora sí, romántica y en el pensamiento social positivista.²

En el ensayo interpretativo del siglo XIX argentino –el *Facundo* por antonomasia–, todas estas líneas están ya muy entreveradas, no sólo porque los autores participan del mismo clima de ideas, no sólo porque conocen directamente muchas de esas fuentes y muchas de sus derivaciones más populares, sino también porque producen dentro de una ya densa “red textual” de interpretaciones sobre la Argentina realizadas en similares moldes, como las de los viajeros ingleses, tal cual probó recientemente de modo exhaustivo Adolfo Prieto.³ De esa configuración cultural surge la larga tradición argentina que identifica en el territorio la clave de los males del país, que en la palabra “desierto” equipara ausencia de naturaleza y ausencia de pasado para designar el carácter definitorio de la extensión pampeana: ausencia de cultura, ausencia de huellas en las que anclar la nueva civilización que se consideraba necesaria en un país moderno. Así, todavía en la década de 1930 Martínez Estrada podrá afirmar que “el problema fundamental de nuestra vida son

² Georges Canguilhem, “L’essere vivente e il suo ambiente”, en *La conoscenza della vita*, Bologna, Il Mulino, 1976 (edición original francesa: 1952).

³ Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, donde aplica a esa serie la productiva noción de “red textual”.

las distancias, las cantidades, los tamaños y la soledad”.⁴ Claro que del siglo XIX al XX ha cambiado el talante con que se realiza el diagnóstico y las conclusiones que se extraen de él, cambio que se despliega en un abanico de posiciones contrastantes cuyos extremos muestran Martínez Estrada y Canal Feijóo. Aquella ausencia que podía parecerle auspiciosa a la voluntad constructivista del siglo XIX, ya desde finales de siglo venía mostrando su cara sombría, tanto para quienes cuestionaron la conclusión optimista que se había extraído de ese diagnóstico, y entonces entonaron con él una nueva melodía con tonos de fatalismo racial o telúrico, como para quienes cuestionaron de plano el propio diagnóstico, y entonces buscaron otra conceptualización para la herencia hispanoamericana, aunque ya entrado el siglo XX debieron hacerse cargo de que el diagnóstico que combatían había tenido la capacidad, como una profecía autocumplida, de producir efectos muy palpables que, fuera lo que fuere aquella herencia, la habían transformado de modo efectivo y radical.

Así que, en una gama bastante amplia de estilos, dogmas y estados de ánimo, que van de las intuiciones artísticas a las afirmaciones positivas, del determinismo geográfico a la reivindicación culturalista de la especificidad regional, es difícil no encontrar una fuerte matriz espacial en las explicaciones sobre la sociedad y la cultura argentinas que se suceden hasta bien avanzado el siglo XX. De hecho, es bien conocida la presencia de esa tradición interpretativa –incluyendo su tendencia a la determinación geográfica– en los ensayos que nos proponemos analizar, ya que se plantean explícitamente como una es-

tación más de diálogo en el interior de su red textual. Sin embargo, estos ensayos generan al mismo tiempo una transformación importante en cuanto a sus instrumentos de lectura: la metaforización del mapa como cuerpo de la nación. Esto es sin duda lo novedoso: la necesidad de sintetizar el espacio geográfico e histórico en una *forma*, para producir esquemas sobre su sentido. La ensayística de la década de 1930 parece querer recortar la fisonomía geográfica del país como medida del alma de su pueblo. Y de aquí podría salir una de las acepciones para su definición de “identidad”: aquello que queda de “lo argentino” una vez que se somete la cultura al cartabón geográfico. Aunque ya lo geográfico no está comprendido en términos de paisaje, medio, o ambiente, como era habitual en aquella tradición antropogeográfica, o al menos no se agota en esos términos; ahora se produce una operación de interrogación sobre lo geográfico-nacional simbolizado en el mapa: la producción de figuras de identidad con la forma de las delineaciones cartográficas.

Por eso inicia esta presentación la cita de “Quiromancias de la Pampa”: como se sabe, Victoria Ocampo está interviniendo en el debate sobre los textos de interpretación de la Argentina de José Ortega y Gasset, el conde de Keyserling y Waldo Frank, los célebres huéspedes de finales de la década de 1920. Más específicamente, su artículo es una defensa del primero de ellos, mostrando que las críticas que se le dirigían eran el producto de una reacción histérica, ya que la típica ansiedad del argentino por ser analizado no podía sino resolverse en un también típico disgusto con la respuesta que recibiera, cualquiera que fuese. “¿Qué piensa usted de la línea de la vida? ¿De la línea de la cabeza? ¿De la línea del destino?”, dice Ocampo que preguntan sin fin los argentinos a cada nuevo visitante; ante ese acoso, “el extranjero de fama trata de dar respuestas sentidas; pero el hecho es que, por lo general, sólo despierta protestas. Si es

⁴ Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa* (1933), Colección Archivos (edición crítica al cuidado de León Pollman), Unesco, Buenos Aires, 1991, p. 47. Todas las citas de este libro proceden de esta edición; de aquí en más, se señalan con el número de la página correspondiente entre paréntesis.

irónico, lo encuentran superficial; si es grave, infantil; si es sincero, insolente”.⁵ Como se ve, lo que motiva la metáfora de Victoria Ocampo no es la necesidad de caracterizar a los ensayistas como quirománticos, sino a los argentinos como clientes insatisfechos con las propias lógicas del pacto interpretativo que sin embargo proponen. De todos modos, no podemos dejar de notar una aguda definición de la actividad ensayística, que si no aparece subrayada por la autora es simplemente porque se encontraba inscrita en los aires culturales de la época.

En efecto, todos los comentaristas contemporáneos, fundamentalmente a partir de la aparición de *Radiografía de la pampa*, texto que aun sin ser inaugural del género convocó sus principales caracterizaciones, reconocieron desde el vamos, junto con la influencia de los tres “extranjeros de fama”, una serie de claves en el ensayo que remiten a la figura del intérprete quiromántico: intuicionismo, simbolismo, análisis morfológico. Uno de los autores que entonces se colocaba en primer plano entre las referencias era, por supuesto, Spengler, cuyo enorme impacto en la entreguerra es tan reiterado por la crítica en términos generales como poco conocido en su especificidad. Como ninguna otra figura de entonces, Spengler ha quedado inscripto sin residuo en aquellas claves y con ambos, intérprete y claves de interpretación, se verifica un curioso fenómeno vinculado al carácter fulminante de su ascenso y caída en los prestigios públicos: durante el propio ciclo del ensayismo aparecen mencionados por los autores y los críticos locales como dato de filiación respetable, mientras que ya en la generación siguiente aparecerán como anatema.

De modo mucho más abarcador sin embargo, el procedimiento “quiromántico” apli-

cado al territorio será uno de los medios habituales del pensamiento filosófico o de la especulación teórica desde fines del siglo XIX. Caracteriza una gama de variantes de lo que hoy llamaríamos “análisis cultural” (y una gama de nombres que se han vuelto su contraseña, aunque sin la carga del desprestigio que aún acompaña los procedimientos de los que abrevaron), volcadas sobre todos los objetos “mudos” pasibles de desciframiento: el territorio, la ciudad, la arquitectura, el arte, los objetos insignificantes con que la técnica moderna había poblado de signos el paisaje urbano-industrial. “Las relaciones espaciales no sólo son condición determinante, sino también simbólicas de las relaciones entre los hombres”, escribía Georg Simmel, autor, como se sabe, de principal influencia en esta corriente del pensamiento.⁶ La recuperación del Goethe morfológico de la naturaleza fue una de las piezas fundamentales en la aparición de la imaginación quiromántica sobre la cultura material (la idea de una *forma* primigenia y fuente de sentido), y ése es el camino por el cual este tipo de imaginación se distanciará precisamente del pensamiento antropogeográfico que había dado sentido hasta entonces a las visiones deterministas de las relaciones entre hombre y medio. Incluso de Humboldt, que también podía encontrar inspiración en Goethe para su ambición de totalidad; pero la construcción de la geografía como disciplina científica va a necesitar apoyarse más en la descripción objetiva que en la interpretación intuitiva.

La imaginación quiromántica procede de la búsqueda, típica en la cultura alemana de entreguerra, por recuperar “claves antiguas”, pre-modernas, para-rationales y anti-representativas (en el sentido, por ejemplo, en que las vanguardias estéticas se oponen a

⁵ “Quiromancias de la Pampa” (1929), en Victoria Ocampo, *Testimonios, primera serie/1920-1934* (1935), Buenos Aires, Ediciones Fundación Sur, 1981, p. 117.

⁶ Georg Simmel, “The Stranger” (1908), en Kurt H. Wolff (ed.), *The Sociology of Georg Simmel*, Nueva York/Londres, The Free Press, 1964, p. 402.

la representación codificada en perspectiva, la “forma simbólica” de una mentalidad cartesiana exangüe) de interpretación de lo real. Este nuevo simbolismo del espacio se expande desde entonces en cantidad de intérpretes y disciplinas, con una tal capacidad de irradiación que resulta bastante incomprensible la consolidación reciente de toda una línea de la teoría social que afirma lo contrario: es decir, que afirma que la cultura moderna en los siglos XIX y XX estuvo dominada por una obsesión con el tiempo, por un “historicismo desespacializante”, y que la recolocación del espacio junto al tiempo y al ser social es el resultado reciente de un giro posmoderno.⁷ Aun si las metáforas geológicas de Spengler pasaron al olvido junto a su autor, y si su extendida influencia deba verse como un “mal de época”, conviene recordar la cantidad de propuestas interpretativas que coinciden con aquella voluntad y su presencia en autores tan distintos y que no rehuyen una –por cierto que compleja– ambición de cientificidad; Lévi-Strauss, por ejemplo. En esa especie de manifiesto metodológico que son los primeros capítulos de *Tristes trópicos*, nos encontramos con una metáfora que resuena con muchas de las favoritas de Spengler o Martínez Estrada: mostrando su gusto juvenil por la geología como antecedente clave en su formación, Lévi-Strauss se demora proustianamente en el recuerdo del momento mágico en que, caminando por la montaña, lograba reconocer la línea de contacto entre dos capas geológicas diferentes, porque esa comunicación con el orden perdido del mundo se le

⁷ Véase especialmente Edward W. Soja, *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres, Verso, 1989. Encandilado por la concepción historicista del pensamiento marxista (cuyos principios se propone refundar reintroduciéndole su “visión dialéctica” del espacio), Soja no sólo no advierte la presencia en el siglo XX de este simbolismo del espacio (en el que abrevaron varios marxistas), sino que desconoce la importancia del pensamiento espacial en la tradición de la antropogeografía del siglo XIX.

presenta como la imagen misma del conocimiento, el modo “de recuperar un sentido fundamental, sin duda oscuro, pero del que todos los otros son transposición parcial o deformada”; cuando “el milagro” del reconocimiento se produce, “entonces, de repente, el espacio y el tiempo se confunden; la diversidad viviente del instante yuxtapone y perpetúa las edades. El pensamiento y la sensibilidad acceden a una dimensión nueva [...] una inteligibilidad más densa, en cuyo seno los siglos y los lugares se responden y hablan lenguajes finalmente reconciliados”.⁸

Sentido fundamental e inteligibilidad más densa en pos de la *reconciliación de los lenguajes*: tal el equipaje hermenéutico que portaban los viajeros de finales de la década de 1920, Keyserling, Frank y Ortega y Gasset, posiblemente el de mayor influencia por la acción más duradera de su *Revista de Occidente*, traductora, como se sabe, de los autores del vitalismo alemán, incluyendo un capítulo completo de *La decadencia de Occidente* en 1924.⁹ Intérpretes proclives hasta la paro-

⁸ Claude Lévi-Strauss, *Tristes trópicos* (1955), Barcelona, Paidós, 1997, p. 60. En *Metamorfosis. Immagini del pensiero*, Milán, Feltrinelli, 1988, Franco Rella ha llamado “pensamiento figural” a la búsqueda, por parte de una tradición moderna (de Proust a Benjamin, de Kafka a Freud, entre otros) de un pensamiento alternativo a la razón cartesiana. Significativamente, Rella usa la misma denominación con que en 1938 Auerbach se remontaba a una tradición clásico-cristiana-medieval con un objetivo similar: véase *Figura*, Madrid, Trotta, 1998. En “Historia de la ciudad e historia intelectual”, *Prismas*, No. 3, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1999, he planteado algunas relaciones entre esta vasta (y heterogénea) constelación intelectual y la figura de “ciudad análoga”.

⁹ El capítulo “Pueblos y razas”, uno de los que van a desarrollar algunas de las metáforas spenglerianas más influyentes en la imaginación espacial local, como la del carácter vegetal de la casa campesina (contra el espíritu nómada de la vida metropolitana), sale traducido en el t. v, No. 15, de la *Revista de Occidente*, septiembre de 1924. Asimismo, Ortega publica en la colección “Biblioteca de ideas del siglo XX”, que dirigía en la editorial Espasa-Calpe, la traducción de García Morente de *La decadencia de Occidente* en 1934, con prólogo del

dia a la multiplicación de la analogía: en un universo de la semejanza (como aquel sobre el que operan el loco y el artista que, justamente por su cualidad anti-representativa y para-racional, celebró Foucault) todo es vehículo de conexiones significativas. En el caso de la Argentina, el centro de ese universo fascinante lo ocupó la radicalidad de la experiencia de la llanura. De modo tal que, llegados a este punto, es fácil entender por qué la zona de las preocupaciones espaciales del vitalismo se fortalece y concentra en el “caso” argentino: ante la experiencia de la llanura se impone el descubrimiento de que el hombre y la cultura local son *telúricos*. Y tal conclusión produce un empalme “natural” con el largo linaje de interpretaciones argentinas a las que reorganiza de acuerdo con sus propias perspectivas, ofreciendo una compleja mediación entre tradiciones diferentes y el sentimiento, en muchos de los intelectuales locales, de que se hacía posible una armonía entre la densidad histórica del objeto (la pampa con sus sucesivas capas de interpretaciones) y los nuevos instrumentos para pulsar sus cuerdas más arcanas.

Lo cierto es que la mezcla de las diferentes tradiciones que proponen los viajeros produce en la década de 1930 tanto una readaptación del determinismo geográfico (en las usuales claves antropogeográficas que, por ejemplo, siguen presentes en la figura tan en boga entre los analistas locales del “espíritu de la tierra”), como la necesidad de poner sus temas de siempre, la pampa, la extensión, la soledad, en los nuevos moldes de la mirada quiromántica. Pocas voces escaparon aquí a la notoria fascinación de tal perspectiva analítica. Por ejemplo Borges, que en esa década comenzó a cultivar el desprecio por las “interpretaciones patéticas” de los “alemanes

intensos” —una vez que él mismo ya había dado por superado su propio patetismo de la década anterior, el criollista—, señalando especialmente la artificiosidad de las lecturas sobre “su” llanura: lo que “los hombres de letras llaman la *Pampa*”.¹⁰ O Ramón Doll, esa mente brillante cuya radicalidad contra las convenciones del mundillo cultural y político lo arrinconó finalmente en un fascismo bastante convencional: en un ácido comentario al libro de Waldo Frank, Doll responsabilizaba a *Don Segundo Sombra* por la proliferación de las “divagaciones trascendentales y metafísicas sobre la pampa”, e ironizaba tanto sobre los “horteras literarios” que entonces fueron a San Antonio de Areco y volvieron “con el alma llena de horizontes”, como sobre la ingenuidad ridícula que, como miembros del Pickwick Club, mostraban los viajeros extranjeros al extrapolar de los datos más banales las claves más abarcativas y profundas: “¿Los guardas de tranvía del Rosario usan gorras con visera verde? —anotaría Mr. Pickwick, si nos visitara. Es la pampa que llega hasta el suburbio del Rosario y deja un comentario en la visera verde de los guardas”.¹¹

2. Mapas

Debe reconocerse que una relectura actual no relativista de muchos de los productos de aquella constelación interpretativa nos llevaría a un acuerdo vehemente con sus escasos críticos de entonces. Sin embargo, es importante ver que, al menos en los autores que me propongo analizar, también salen de aquella

¹⁰ La expresión “interpretaciones patéticas” la utiliza justamente en su reseña sobre *Radiografía de la pampa*, para filiar a Martínez Estrada con Spengler y otros “alemanes intensos”; véase *Revista multicolor de los sábados* (suplemento cultural del diario *Crítica*), 16 de septiembre de 1933, p. 5.

¹¹ Ramón Doll, “Waldo Frank y el Pickwick Club” (1933), en *Lugones, el apolítico y otros ensayos*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1966, p. 29.

mismo Ortega. Sobre estos temas, véase el detallado estudio de Evelyne López Campillo, *La “Revista de Occidente” y la formación de minorías (1923-1936)*, Madrid, Taurus, 1972.

mirada muchas de sus más agudas y duraderas observaciones. Es decir, en nuestra ensayística es inseparable el utilaje interpretativo de sus resultados, los mejores y los peores, y de ahí la importancia de reparar en él. Un utilaje que podríamos definir para nuestros propósitos como método fisiognómico, si acordamos llevar este término a un plano de mayor literalidad que en el uso que le da Spengler como definición de su visión de la historia. Con fisiognomía deberíamos entender aquí la creación de un estilo de interpretación que busca juzgar el carácter de la nación a partir de su apariencia exterior, de los rasgos de su corteza territorial, de sus facciones. Fisiognomía, entonces, en el sentido en que Alexander Cosenz establecía, a finales del siglo XVIII, una tabla de comparaciones entre tipos de rasgos humanos y tipos de paisajes.¹² En el caso de la lectura simbólica de los mapas, es una semantización de la geografía que convierte el territorio en sujeto patriótico. Corboz ha indicado que en las civilizaciones tradicionales el territorio es “un cuerpo viviente”, encarnación material del orden del mundo al cual se le rinde culto, y es de esa naturaleza de percepción que surge la interpretación simbólica de los contornos terrestres en el mundo medieval, por medio de la cual se identificaba el personaje que mejor expresara el carácter del país. Así, hay mapas que identifican la tierra con Cristo, que humanizan Europa poniendo la cabeza en España y el sexo en Venecia, o que emblematizan países con formas de animales.¹³

En la modernidad, la construcción de la geografía como ciencia va a suponer un cuestionamiento de esta especie de animismo que busca la encarnación del territorio en una *for-*

ma simbólica (como vimos, el determinismo geográfico supone lo contrario: la elevación del paisaje no a cuerpo viviente, sino a *contexto* de una historia universal). Pero, simultáneamente, la construcción estatal del concepto moderno de nación (a la que el surgimiento de la geografía viene atado) supone la identificación de la patria con un territorio, reintroduciendo el problema de su organicidad –y de su representación– en relación ahora con los contornos cartográficos nacionales. De allí que se impongan nuevas metáforas, propiamente modernas, como la de Francia como hexágono, forma cerrada y perfecta del equilibrio y la igualdad republicana, introducida según Eugen Weber recién entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y generalizada sólo muy avanzado éste.¹⁴

Como señalan Escolar, Quintero y Reboratti, hay una diferencia entre la historia y la geografía en relación con la constitución de los estados nacionales modernos; el territorio genera una cierta “simbiosis inicial” con el estado-nación a partir de la misma convención jurídica que da origen al Estado, mientras que la historia nacional las más de las veces debe “inventarse”, lo que explica para los autores que la mayor parte de los estudios sobre la nación y el nacionalismo se hayan abocado sólo a “los procesos de argumentación histórica”, dado el “carácter estructuralmente necesario [de la] argumentación geográfica”. No obstante, a pesar de esta aparente división de tareas entre la geografía y la historia, los autores muestran que la naturalidad del carácter estatal del territorio (una vez que existe el Estado) no evita la análoga necesidad estatal de los discursos geográficos capaces de producir representaciones colectivas del territorio como ámbito de realización de la nación: si toda nación (pre o

¹² Véase Alessandra Ponte, “Il carattere del albero: fra Alexander Cozens e Richard Payne Knight”, en M. Mosser y G. Teyssot, *L'architettura dei giardini d'Occidente. Del Rinascimento al Novecento*, Milán, Electa, 1990.

¹³ André Corboz, “Il territorio come palinsesto”, *Casabella*, No. 516, Milán, septiembre de 1985.

¹⁴ Eugen Weber, “L'hexagone”, en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*, vol. 2 del tema II: La Nation (“Le territoire, l'état, le patrimoine”), París, Gallimard, 1986.

para-estatal) tiene identidad y territorialidad, la legitimación del estado-nación como caso particular supone la necesidad de un discurso estatal acerca del sentido del territorio y del “por qué de la pertenencia de los individuos [...] al ámbito de su extensión geográfica”, de donde surge una simbología patriótica que contribuye “a naturalizar la representación territorial [...] por un tipo de personificación mitológica de las características físicas y potenciales de la patria”.¹⁵

Así que la construcción de la simbología patriótica vuelve a replantear los dos pasos ya en el nivel de preocupación estatal: la identificación del territorio con una *forma*; la necesidad de su interpretación simbólica. En el caso de la Argentina, sabemos que la constitución del país como territorio legítimo con el contorno actual es muy tardía, y que los litigios de fronteras con los países limítrofes se resolvieron en muchos casos sin un conocimiento siquiera aproximado de los contenidos que esos límites definían, de modo tal que recién a finales de siglo XIX podrán comenzar a trazarse cartografías completas. Y podría plantearse que una de las condiciones para que el territorio se convierta en material de producción de representaciones identitarias es la socialización de la iconografía que hace evidentes las relaciones entre mapa, territorio y nación.¹⁶ La incorporación tardía de la Patagonia en la imaginación territorial argentina, por ejemplo, explicaba para Canal

Feijóo el desajuste a partir de 1880 de buena parte de las metáforas territoriales habituales: la solución constitucional a los conflictos intestinos del siglo XIX estuvo encerrada en la concepción del “país triangular” con “inclinación natural” y “convergencia hidrográfica” hacia Buenos Aires (su “ciudad vértice”), pero remite a un país formado exclusivamente por la porción tradicional del territorio nacional (el Norte, Centro y Oeste), sin incluir el Sur con su extensa costa atlántica; de allí resulta, escribió Canal, que desde el ochenta el país tiene “más mapa que constitución”.¹⁷

Lo interesante es notar que el mismo ciclo en que se define y socializa el mapa de la nación argentina es el de la puesta en crisis radical del proyecto modernizador al que aquel venía a ponerle el molde; y de algún modo los “mapas” del ensayismo son el resultado (y el motor) de ese doble movimiento. Entre finales de siglo y la década de 1910 se superponen en los discursos de las élites diversas representaciones geográficas de la nación que van a proponerse objetivos contrastantes: la exaltación del territorio como síntoma de la grandeza potencial de la Argentina moderna; la recuperación culturalista de las regiones tradicionales del territorio que estaban quedando desplazadas en ese país moderno, es decir, la búsqueda de un *completamiento* del mapa a través de una apelación nacionalista reparadora; la continuidad en clave positivista de las visiones fatídicas sobre el territorio americano, en el marco del proyecto decimonónico que se había propuesto transformarlo pero señalando su fracaso.

De todas ellas, la exaltación patriótica va a ser la que apele a aquella naturalización simbólica del mapa, ofreciendo lecturas mitológicas de la forma de la patria, especialmente a través de la poesía. La confianza con que el general Mitre, supérstite del originario

¹⁵ Marcelo Escolar, Silvina Quintero, Carlos Reboratti, “Geographical Identity and Patriotic Representation in Argentina”, en David Hooson (comp.), *Geography and National Identity*, Oxford, Blackwell, 1994 (cito de la versión en castellano de los propios autores).

¹⁶ En el artículo citado, Eugen Weber hace una interesante reflexión acerca de la incultura visual de la sociedad francesa, explicando la muy tardía generalización de la metáfora geométrica que identifica a Francia con un hexágono por la escasísima socialización de las representaciones cartográficas del país (la centralidad de la palabra frente a la imagen en los medios educativos y en la opinión pública).

¹⁷ B. Canal Feijóo, *Teoría de la ciudad argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951, p. 130.

proyecto modernizador, podía sostener en 1901 que la grandiosidad del futuro “es una fatalidad escrita en nuestra carta geográfica”, va a encontrar sus ecos fisiognómicos en la poesía del centenario. Alcanza con recordar algunos versos de las “Odas seculares” de Leopoldo Lugones: “Visten en pompa de cerúleos paños / Su manto de Andes tus espaldas nobles” (“A la patria”); o “Hijos de las montañas, esos ríos / Forman en la blandicia de tu seno / El vínculo ancestral que ellos te aducen / Con la médula misma de tus huesos” (“Al Plata”).¹⁸ Un tipo de exaltación poética que va a radicar en la geografía el fundamento de la conciencia nacional, y que en las mismas décadas del ensayismo atraviesa los discursos patrióticos en Latinoamérica sin distinción de ideología, como muestran desde Plínio Salgado (que escribe en 1937 *Geografía sentimental* para afirmar que “o nosso grande poema é ainda o mapa do Brasil”) hasta Pablo Neruda (con la recurrente conversión del continente en cuerpo amado en el *Canto general* de 1955).¹⁹

Creo que una de las claves de la originalidad del ensayo de identidad en la década de 1930 es que va a producir la crítica más radical de esa vertiente ideológica pero utilizando muchos de los procedimientos de su sistema

¹⁸ Leopoldo Lugones, *Odas seculares* (1910), en *Obras poéticas completas*, Madrid, Aguilar, 1952, pp. 423 y 426, respectivamente. Las citas de Mitre son de su discurso del 26 de julio de 1901, reproducido en Alvaro Melián Laino, *La oratoria argentina*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1963, p. 71, cit. en León Sigal, “La radiografía de la pampa: un saber espectral”, en la edición de Archivos de la *Radiografía...*, cit., p. 492. Sigal realiza allí un muy agudo análisis de la relación de Martínez Estrada con las interpretaciones previas sobre el país.

¹⁹ Un análisis en este sentido de la obra de Salgado, en Miguel Reale, “Estudio sociológico de *Geografía sentimental*”, en Plínio Salgado, *Geografía sentimental*, Brasilia, Editora Voz de Oeste, 1983. Por su parte, José Joaquín Brunner ha colocado la obra de Neruda en línea con una tradición “mágico-real” que ve la cultura americana a través de metáforas ligadas a la naturaleza y a sus fuerzas telúricas; véase “Entonces, ¿existe o no la modernidad en América Latina?”, en *Punto de Vista*, No. 31, Buenos Aires, diciembre de 1987.

de representación metafórico. No hay que olvidar que Martínez Estrada y Canal Feijóo fueron inicialmente poetas; el último poemario de Martínez Estrada antes de su conversión en ensayista se llama *Argentina* y ya podemos encontrar allí el recurso de la personificación simbólica del país, “nave reluciente de victoriosa proa” que “avanza hacia la aurora”.²⁰ El ensayo mantiene el procedimiento pero justamente para volverlo contra los elogios del patriotismo poético, especialmente su “mesianismo territorial” (“Todos nos hemos educado en el mesianismo de América”, sostenía en 1931 Alberto Gerchunoff, dando una clave generacional de la rebelión del ensayo).²¹ De tal modo, en *Radiografía de la pampa* el noreste ya se ha convertido en “la pelvis de la tierra enjuta” (p. 60). Se trata de seguir encarnando el cuerpo de la nación, pero ahora para mostrar sus dilaceraciones: contraponer esta geografía real a aquella idealizada. El mapa es, así, un analogon del país: el “diagrama sinóptico” (p. 125) que reúne historia y territorio para entender su fracaso.

Este procedimiento de lectura simbólica del mapa restituye, además, en el caso de *Radiografía de la pampa*, una capa más de sentido a su título, reconocido de inmediato por los contemporáneos como un felicísimo hallazgo literario del autor. Por lo general, los críticos de Martínez Estrada le atribuyeron una equívoca ambición cientificista, sin advertir la plena adecuación del modelo del diagnóstico médico a la voluntad quiromántica más que a la científica, como mostró Carlo Ginzburg con su “paradigma indiciario”. “Contemplar el mapamundi [...] es ver el esqueleto de la tie-

²⁰ Miguel Guérin ya ha analizado, desde una preocupación diferente, la relación de continuidad entre la etapa poética y la ensayística de Martínez Estrada, para lo cual también se detiene en el poemario *Argentina*: ver “Inmigración, ideología y soledad en la génesis de *Radiografía de la pampa*”, en la edición de Archivos citada.

²¹ “Las imágenes del país” (1931), *Argentina, país de advenimiento*, Buenos Aires, Losada, 1952.

rra” (p. 125), escribe Martínez Estrada, recordándonos que para él tomar una radiografía se parece más a “la intuitiva ciencia del baquiano” (p. 250), que se orienta a través del desciframiento de signos ínfimos de la superficie terrestre, incomprensibles para el lego, que a un procedimiento objetivable en que la tecnología auxilia al conocimiento científico.²²

De aquella semiología médica, Martínez Estrada toma uno de los principales motivos de su propia semiología del territorio: la figura del *sustituto ortopédico*. Canal Feijóo, por su parte, lee el territorio desde la figura de *constitución*, una figura jurídica central en la historia argentina, pero a la que le impone la simultaneidad de sus varios sentidos: Ley fundamental que plasma el sistema de gobierno; conciencia social sobre la existencia de la nación; forma material de composición de un cuerpo; naturaleza y relación de los sistemas y las partes de un organismo. Cada una de esas figuras plantea los modos de interrogación fundamentales de cada autor y, a la vez, explica sus mapas resultantes. Veamos, entonces, el modo en que proceden, el primero, en *Radiografía de la pampa*, de 1933; el segundo, en sus dos ensayos de interpretación histórico-territorial, *De la estructura mediterránea argentina*, publicado en 1948 pero escrito entre 1938 y 1943, y *Teoría de la ciudad argentina*, de 1951.

3. Radiografía de la pampa: los planos superpuestos

Hay una definición programática en *Radiografía de la pampa* sobre las ventajas de la interpretación cartográfica, en la que resuenan

²² En una dirección diferente a la que seguimos aquí, Liliana Weinberg también ha planteado una interpretación del nombre *Radiografía* no reducida a su acepción científica, sino de acuerdo con su clave de lectura paradójica; véase “*Radiografía de la pampa* en clave paradójica”, en la edición de Archivos citada.

todas las referencias mencionadas. Es en el capítulo “Soledad”, cuando al presentar la última soledad, la más íntima del hombre en estas tierras, Martínez Estrada se expulsa en la fascinación que le produce el examen de la superficie terrestre bajo sus formas cartográficas:

Contemplar el mapamundi es como mirar al fondo de uno mismo, el esquema de la historia del hombre. [...] La comprensión intuitiva de nuestra tierra en el mapa, desliga la mente del contexto de razón que nos vincula al mundo en nuestra condición de seres de espíritu. Esa desencarnación produce el espanto de la soledad, nunca sentida en el aislamiento voluntario ni en las representaciones imaginativas. Quien no experimenta esa impresión orgánica y cósmica de fatalidad examinando el globo terráqueo como astro, dentro de él sus masas sólidas como el soporte de una raza olímpica, y más adentro la vida como un fenómeno momentáneo en la existencia de un astro, no puede entender el verdadero sino del mundo y del hombre. Ni puede explicarse cómo actúan las fuerzas biológicas para determinar las regiones en que la vida sobresaldrá o quedará estancada para siempre. [...] [T]ener en la mano la esfera es mirarla con los ojos de Dios [...] Sobre estas tierras del Atlántico y el Pacífico, no sería posible contemplar el mapamundi sin sentir ancestrales escalofríos a lo largo de la médula, donde las edades geológicas han dejado inscritas las peripecias de la forma humana. La vista comprende mejor que la inteligencia, que esta parte del mundo sobre la que luce el cielo más rico de estrellas y nebulosas, está en los confines del Planeta (pp. 88-89).

De la geología extrae Martínez Estrada la explicación última acerca de la imposibilidad de desarrollo del hombre en estas tierras, el desajuste definitivo entre territorio y cultura. De ahí en más, a partir de esa falla (en el doble sentido geológico y psicoanalítico) originaria,

todo lo que se formó en esta tierra fue producto de una imposición inadecuada que generó a su vez nuevas distorsiones y otras nuevas, de modo tal que una y otra vez quedan sepultadas, ocultas bajo muchas capas (también en el doble sentido geológico y psicoanalítico), las verdaderas razones de los males.

“El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas”, es la célebre frase de Sarmiento en el inicio del *Facundo*. Waldo Frank modifica apenas el punto de vista: “Sois una nación potencial perdida en la vastedad de vuestra tierra. Vuestra tristeza es eso: estar perdidos”; mantiene el optimismo decimonónico, pero lo pone como función de la tristeza en una proporción inversa al desarrollo de esa potencialidad. Martínez Estrada reúne ambas afirmaciones: “El mal de estas naciones es, de consiguiente, la vastedad de la tierra” (p. 65). Pero si hasta Frank la superabundancia de espacio muestra una doble cara, ya que permite entender los males presentes y, en su propia promesa, avizorar el camino de la grandeza futura, en Martínez Estrada, las fórmulas conocidas adoptan un giro irremediable, ya que cada intento humano por producir esa promesa no hace sino enmascarar el mal. La “superterritorialidad” de nuestras naciones, su “superávit de planeta” no pudo ser revertida a través de la inyección de población o de su puesta en régimen moderno de producción, como se pensaba en el siglo XIX, porque el origen del mal está inscripto en el pedazo de mapamundi que tocó en suerte: el confinamiento entre dos océanos, que hace que las personas apenas se hayan posado sobre la tierra, “sin arraigo” (p. 65). Por lo tanto, si Martínez Estrada parece replicar el procedimiento sarmientino al extraer conclusiones institucionales y sociales de esa relación territorial (“El latifundio, la forma despótica de gobierno, el temor a lo imprevisto, el cultivo extensivo del grano, del ganado y de la inteligencia, son necesidades geográficas, econó-

micas y psicológicas que podrían explicarse con fórmulas matemáticas de la gravitación”) (p. 65), en verdad lo invierte por el simple hecho de que, un siglo después, comprueba que todos los intentos por modificar esa relación fundamental estuvieron desde el origen condenados al fracaso; que sólo produjeron capas de falsedades.

Es fácil reconocer en ese diagnóstico, como hicieron ya los críticos contemporáneos, el fatalismo del *sino* de Spengler. Pero la relación con Spengler que me interesa destacar aquí es otra, y tiene que ver con el modo en que el *sino* encarna en imágenes socio-espaciales, es decir, con el resultado material que Martínez Estrada adjudica a ese destino: tal el rol de la figura de “seudoestructura”, con la que titula el último de los siete capítulos de *Radiografía de la pampa*. Las “seudoestructuras” son las formas vacías con que una (seudo)cultura intenta reemplazar su ausencia de originalidad y, a mi juicio, su inspiración principal surge de la figura spengleriana de *pseudomorfo*. Conviene aclarar que, como en todos estos casos (y como en todo lo que tiene que ver con el ensayo, de débil formalización conceptual y abierto a múltiples e incluso contradictorias resonancias), se trata de una noción que se resiste a la reducción de la influencia puntual, ya que remite a una preocupación extremadamente extendida, y mediante la cual se podría definir el sentido más general de toda la *Radiografía*: la preocupación por distinguir entre formas superficiales y contenidos auténticos en una cultura moderna que se presenta como pura apariencia; como sabemos, una distinción que remite a la contradicción, también de marca germana, entre *cultura* y *civilización*. Sin embargo, la formulación de Spengler de la “pseudomorfosis histórica”, con su inspiración mineralógica, pone aquella preocupación en un molde organicista de fuerte impacto y, como muchas de sus metáforas, de enorme sugestión para la imaginación socio-espacial:

En una roca están enclavados cristales de un mineral. Prodúcese grietas y fisuras. Chorrea agua que va lavando los cristales, de manera que sólo quedan sus cavidades. Más tarde sobrevienen fenómenos volcánicos que rompen la montaña; masas incandescentes se precipitan en el interior, se solidifican y cristalizan a su vez. Pero ya no pueden cristalizar en su forma propia; han de llenar las formas que aquellas cavidades les ofrecen; y así resultan formas mendaces, cristales cuya estructura interior contradice la construcción externa, especies minerales que adoptan apariencias ajenas. Los minerólogos llaman a esto pseudomorfosis. Pseudomorfosis históricas llamo yo aquellos casos en que una vieja cultura extraña yace sobre un país con tanta fuerza aún, que la cultura joven, autóctona, no consigue respirar libremente y no sólo no logra construirse en formas expresivas puras y peculiares, pero ni siquiera llegar al pleno desenvolvimiento de su conciencia propia.²³

Escribe Martínez Estrada:

Paralelamente al desarrollo cristalográfico de las estructuras sociales, pueden tener lugar variaciones similares, que asuman en un momento dado, la apariencia de una estructura concreta. Son las seudoestructuras consistentes en sus líneas generales, en el contorno de su fisonomía, pero huecas de sentido y de sustancia. Podrían llegar a ser sustitutivas ortopédicas de esos órganos vitales faltantes, pero a la larga acusan quiebras irremediables [...]. En reemplazo de esas organizaciones técnicas y naturales, en que antropológicamente colabora la suma infinitesimal de los apor-

tes individuales, nosotros hemos construido [...] falsas formas que no concuerdan ni con el paisaje ni con el volumen total de la vida ni con su orientación nacional [...] (p. 220).

En esta versión puede percibirse tanto el uso creativo de la matriz spengleriana como las aporías a las que lleva. Ya que al mantener el sentido básico de la metáfora (la falta de *organicidad* de ciertas culturas), Martínez Estrada pone en evidencia las contradicciones a las que el organicismo somete algunas de sus principales hipótesis sobre las relaciones cultura/territorio: mal puede criticar la falta de concordancia de las formas con el paisaje quien ha sostenido a lo largo de todo su libro la hipoteca ilevantable con que el paisaje original de la pampa ha obstaculizado *ab initio* la emergencia de toda cultura. Así el fatalismo telúrico produce sus tautologías, que le impiden incluso abreviar en algunas de las variaciones del determinismo geográfico, como la idea de *adecuación* (una de las modulaciones organicistas de la autenticidad).²⁴

Pero de esta versión del *pseudomorfo* surge la figura de *sustituto ortopédico*, la pre-

²⁴ Debe señalarse que no son contradicciones exclusivas de la recepción que hace Martínez Estrada de Spengler: es posible reconocer el mismo fenómeno en una de las figuras fundamentales en la producción de imaginarios socio-espaciales de la época, Lewis Mumford, a quien luego volveremos a propósito de Canal Feijóo. En el caso de Mumford, el impacto de la metáfora spengleriana es incluso más abstruso, ya que es difícil imaginar dos talentos más opuestos. Así, el optimismo humanista del norteamericano se obliga a darle un carácter de transición a la *inadecuación pseudomórfica*, convirtiendo lo que en el original es un estado de naturaleza cultural en un erróneo estado de civilización (“el presente pseudomorfo”, como titula uno de los capítulos de *Técnica y civilización*, de 1934) que puede revertirse. Lo que se advierte, en verdad, es el carácter irresistible con que las formulaciones de Spengler debían imponerse en la época, la amplitud ideológica de su influencia en los imaginarios socio-espaciales (al punto de que siguió siendo hasta muchísimo tiempo después la contraseña inevitable en muchos de los postulados progresistas del modernismo arquitectónico).

²³ Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente. B bosquejo de una morfología de la historia universal* (1918-1921), Madrid, Espasa-Calpe, 1934 (traducción de Manuel García Morente y presentación de José Ortega y Gasset para su propia colección “Biblioteca de ideas del siglo XX”), vol. III, p. 267.

dilecta de Martínez Estrada, como anticipé, a la hora de explicar los modos en que todos los avances de la modernidad se aplicaron al territorio como aparatos de distorsión de un cuerpo al que dejaron deforme y exangüe. Ése es el diseño básico del mapa de identidad de Martínez Estrada: la Argentina es un *patchwork* de regiones aisladas, separadas por fronteras geológicas (en el sentido en que separan no sólo territorios sino épocas de orígenes diversos y destinos contrastantes), sometidas a la fuerza, a su vez, a la acción correctora de tecnologías modernas (las rutas, los ferrocarriles) que superpusieron sobre aquellas cicatrices sus trazados autónomos. Así, se sobreimpusieron como planos diversos “una estructura defectuosa dentro de una estructura defectuosa” (pp. 45-46), configurando un diagrama estático de fuerzas.

Podríamos reorganizar el texto de Martínez Estrada para ver cómo se componen sus mapas. La primera estructura defectuosa es el territorio original con su “configuración absurda” (p. 45): la geografía constituye el diagrama de base porque “la naturaleza accidentada es, aún antes de poblarse, el esquema de lo que luego será la nación” (p. 42). Un diagrama formado por “tres partes constitutivas”, cordillera, desierto y llanura, sobre las cuales se producirán las sucesivas superposiciones socio-culturales (p. 58). Uno de los problemas originarios en este diagrama es el aislamiento de esos “tres grupos grandiosos”, ya que “cada elemento del panorama forma un bloque, concentrando características que, alternadas y repartidas, hubieran formado paisajes y núcleos de población. Pero ninguno de esos bloques es paisaje, sino un elemento del paisaje multiplicado por sí mismo” (pp. 58-59). Así, ninguno permite incorporar el sentido orgánico de la evolución: la cordillera es “un desorden de piedra amontonada” que permanece “como en la hipotética época de los glaciares”; el desierto se mantiene igual que “cuando no había sobre la tierra animales

ni vegetales” (p. 59), tanto en la Patagonia como en la Puna; la llanura no es nada por sí misma, es extensión, es marcha (pp. 7, 42), es una ilusión (p. 9), el lugar de la imposibilidad de la vida y el arraigo. “Técnicamente en estas regiones no hubo nadie ni ocurrió nada” (p. 64). Y atravesando esas regiones, como un diagrama de cicatrices de lógica autónoma pero de idénticos resultados, los ríos, que “no son caminos sino fronteras”: “son distancia, aislamiento, confín” (p. 61).

De las tres regiones es la llanura el centro del análisis del libro, porque para Martínez Estrada es ese vacío el que concentra el país efectivo: “la tierra plana, la pampa litoral y central es Argentina, la tierra de Europa, la tierra del blanco” (p. 93). Y así comienza a trazar, sobre aquel plano primigenio, los otros planos, socio-políticos y tecnológicos, no menos absurdos. Los bordes de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, forman las “fronteras reales” y afuera queda “la espalda del país”, las regiones del indio y el mestizo, “mundo oscuro y antiguo” (p. 93), dominio de las fuerzas naturales donde nada puede vivir. “De modo que entre la montaña y las mesetas, que son dominio del indio, y las llanuras, dominio del blanco, hay intervalos de períodos enteros, de toda la Era Terciaria” (p. 87). Entre ambas, por su parte, se despliega una “vasta zona neutral” (p. 56) en la que desde el comienzo de la conquista se intentó confinar al indio para negarlo; una “tierra de nadie” de la que el europeo se defendió con fosos y leyes, batalla de la que salió triunfante y derrotado. Porque las fronteras triunfaron, pero el triunfo se volvió pírrico, ya que el europeo quedó atrapado en sus límites concéntricos, primero una “cintura de piedra o de erial” (p. 55), luego un “círculo de alambres de púa” (p. 97), autoconfinado y, por ello, bárbaro, ya que “la civilización es lo contrario del aislamiento” (p. 55). Pero, por añadidura, las fronteras también fracasaron, ya que se mostraron mó-

viles, laxas, y así lo que se pretendía negar se coló por todas partes, constituyendo el doble fracaso de la negación y el contagio (de la represión y el mestizaje).

Dentro del país efectivo (el “país blanco”) se superponen a su vez otros planos, con otras lógicas ortopédicas. Uno, muestra la concentración de toda la actividad nacional en siete ciudades principales, como “el mapa de las Pléyades” (p. 145); ciudades que a su vez recelan entre sí y se aíslan trazando nuevos fosos y multiplicando el efecto de aislamiento hacia su interior. Como fondo de su brillo intenso, pueblos idénticos se suceden irracionalmente, como “pedazos de astros habitados caídos en el campo” (p. 72); “construcción casual, en que no [colaboraron] los accidentes geográficos ni la fertilidad del suelo” (p. 41), sino que nacieron en la huella de la fuga del aborígen como “oasis de ubicación caprichosa”, a una distancia entre sí decidida por “la capacidad de resistencia del caballo en la jornada sin apremio de sol a sol” (p. 42). El parecido entre todos esos pueblos, copias degradadas de las ciudades grandes, es el producto del “alma de la pampa que pesa sobre la aplastada edificación” (p. 75).

El otro plano, principal en la argumentación sobre el país moderno-europeo, es el de las vías ferroviarias, cuyo trazado no configura “el sistema circulatorio del cuerpo del país” (p. 43) sino su “esqueleto ortopédico” (p. 44), representando “en el mapa un diagrama de anomalías muy distinto al de la configuración anómala del territorio” (p. 45). “El ferrocarril hizo más vasto el territorio y lo fracturó para dejarlo reducido al dibujo lineal de sus vías. Alzó con sus terraplenes fronteras entre el riel, que es Europa, y lo demás, que es América” (p. 46). Así se formó un mapa autónomo, un país del tamaño de las vías, “en una lengua de cada lado”, en cuyo interior se produjo “lo que llamamos progreso [...] respondiendo a móviles propios” puestos en funcionamiento desde Londres (p. 44). La forma de ese pla-

no autosuficiente es la de una telaraña, en cuyo centro reside Buenos Aires, la cabeza decapitada de aquel cuerpo informe.

La imaginación territorial de *Radiografía de la pampa* podría presentarse, entonces, al modo de esos Atlas en los que se superponen planos transparentes; en este caso, planos concéntricos, como un espiral de círculos desajustados por medio del cual se llega a Buenos Aires (como se sabe, además de las referencias permanentes en todo el libro, una de las seis partes está por completo dedicada a esta ciudad, base sobre la cual Martínez Estrada compuso, siete años después, *La cabeza de Goliat*). Y como es un espiral sin fin, esta llegada a Buenos Aires es sólo la mitad del recorrido, la mitad de los planos superpuestos en el Atlas, ya que a partir de Buenos Aires se podrían volver a rearmar todas las relaciones nuevamente en un recorrido invertido, que muestra nuevas anomalías. Pero antes de llegar al replanteo de la composición territorial desde su centro, detengámonos en esta natural confluencia de todos los planos y todos los recorridos en Buenos Aires, como corazón de la pampa. Es la consabida figura de la Argentina toda encontrando su desembocadura natural en el Plata, por lo tanto, en la pampa y Buenos Aires, igualados en su cualidad de condensación de las claves nacionales; modalidad del imaginario territorial que, como vimos, fue fundamental durante el proceso de modernización.²⁵ Waldo Frank, entre muchos otros ejemplos, la expresó con toda claridad:

La pampa empieza donde terminan los Andes. Dentro de la montaña ya hay pampa. Las altas planicies de la cordillera oriental de Bolivia son ya más pampa que puna. [...] El norte de la Argentina es una aceleración de la pampa, que se refuerza a

²⁵ Lo he desarrollado en “Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura”, en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo xx*, Buenos Aires, Ariel, 1999.

medida que se descompone la montaña. Hacia la mitad del camino, triunfa la pampa. [...] Y como la tierra es demasiado lenta para este proceso, la pampa se hace río. Del norte y del oeste de los Andes, la pampa ha traído muchas aguas, alargándose a buscarlas al Brasil. El Paranahyba, el Tiete, el Paraná, el Tacuáry, el Paraguay, el Pico-mayo, el Teuco, el Bermejo, el Uruguay, el Salado... han fluido por la pampa o hacia la pampa. Ahora las aguas se han hecho pampa y la pampa se ha hecho agua... Turbias millas y millas de anchura que se vierten en el Atlántico. Son el Plata, el ombligo de la Argentina, donde la intensidad de la pampa alcanza su apogeo. [...] El mundo entero de la pampa se puede representar como el movimiento triangular de la tierra austral americana desde el norte, desde el sur y desde el oeste, hacia el río de la Plata: un movimiento real que descansa sobre el Atlántico [...]. Para comprender a la Argentina hay que sentir este movimiento hacia el Atlántico. [...] Todos los orígenes de la Argentina desembocan en el Plata para fundir un continente con el Atlántico. Y todas las costas del Atlántico: Europa, Norteamérica, África, España, entran en la pampa. Y en el apogeo de este encuentro... del trópico, de los Andes, de la pampa, de África, de Europa... está la ciudad de Buenos Aires.²⁶

Pero el de *Radiografía de la pampa* es un “pampeanocentrismo” diferente, no sólo por crítico, en el sentido de invertir meramente los juicios valorativos, sino porque en la centralidad de la pampa-Buenos Aires no encuentra naturalidad sino violencia, no un “movimiento triangular de la tierra austral americana” que encuentra su expresión y síntesis, sino una imposición ortopédica. Todo conduce a la pampa-Buenos Aires, pero como producto de

una violencia, ya que Buenos Aires rearmó la fisonomía del país de acuerdo con sus intereses: por ellos, “la riqueza, la población y la cultura viraron, y estamos aun asistiendo al arrastre, hacia el centro y el sur” (p. 38).

Por una parte, entonces, el reordenamiento de todo el país desde su desembocadura. Pero en ella, ¿qué significa esa identificación de Buenos Aires como pampa? Aquí también conviene precisar el lugar de Martínez Estrada entre tradiciones interpretativas confrontadas. En la cultura urbana de Buenos Aires se produjeron diversos tipos de identificación de la ciudad con la pampa. Uno, que ve en la presencia pampeana de la ciudad la demostración más palmaria del fracaso modernizador: Sarmiento fue quien trazó primero ese diagnóstico, desgarrador, como se comprenderá, para quien había sido fervoroso constructor de la hipótesis inversa, la que ponía a Buenos Aires como civilización frente a la barbarie de la naturaleza y la tradición; hacia 1880, en cambio, el mismo Sarmiento comienza a identificar en las dificultades de transformación de la planta tradicional de la ciudad (la cuadrícula española) la resistencia de la pampa. Es el descubrimiento azorado de la imposibilidad de poner fronteras claras con la pampa (objetivo de todos los proyectos urbanísticos modernizadores desde el siglo XIX que buscaron en vano contener la expansión de la ciudad sobre la llanura) y, peor aún, de que la ciudad realiza su peor característica, la chatura; así que la ciudad *moderna*, a medida que avanza sobre la pampa, lejos de culturizarla, se vuelve más y más una nueva metáfora de su barbarie. Sobre esa identificación ilustrada se montará su reverso populista, que celebra en el reencuentro sublime de la ciudad moderna con la tradición encarnada en la pampa la posibilidad de una epopeya para Buenos Aires: formulada por Borges en los años del “criollismo urbano de vanguardia” (como lo llamó Beatriz Sarlo), esta lectura va a ser canonizada por la modernización

²⁶ Waldo Frank, *América Hispana. Un retrato y una perspectiva*, Madrid, Espasa Calpe, 1932 (traducción de León Felipe), p. 66.

conservadora de la década de 1930, produciendo durante las décadas siguientes una catarsis de textos residuales y redundantes. Pero hay aún un tercer tipo de identificación que cambia por completo los términos de ambas: la que en la presencia pampeana de la ciudad no va a ver la aparición de un vínculo tradicional sino un rasgo plenamente moderno, porque ciudad y pampa coinciden en ser la expresión más pura de otra barbarie, la más moderna: la abstracción racional capitalista. El ánimo regeneracionista denuncia así la funcionalidad de la forma del territorio para el desarrollo del espíritu especulativo de la sociedad aluvial de Buenos Aires, a la que sólo guía “el negocio”: la ciudad “va llanura adelante llenando de fichas el inmenso tablero, enfilándose hasta lo infinito, numerándose hasta lo infinito decimalmente, como un problema de casas; haciendo meridianos de las calles y arcos de meridianos de las plazas [...]”.²⁷

De todas esas lecturas, Martínez Estrada rechaza con claridad la lectura epifánica (la más contemporánea a su obra, la de la vanguardia), pero lo hace potenciando las otras dos, reuniendo sus más acérrimas críticas a la ciudad extendida y chata. Como no podía ser de otro modo, se trata de una reunión paradójica, ya que lo que va a intentar mostrar *Radiografía de la pampa* es que tanto la barbarie tradicional como la moderna (digamos, el gaucho y la abstracción monetaria), se han adecuado mutuamente en una simulación ortopédica definitiva, planteando así la norma de la vida argentina en “la extensión, la superficie, la cantidad, el crédito” (p. 42):

²⁷ La cita es del libro de viajes del autor teatral catalán Santiago Rusiñol, *Un viaje al Plata*, V., Madrid, Prieto y Compañía (traducido del catalán por G. Martínez Sierra), 1911, p. 295. He desarrollado el análisis de estas posiciones en *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

Buenos Aires ha sido engendrada, concebida, superfetada por el llano [...]. El trazado de las calles y el plano de las casas, gótico y vandálico a través de España [es] propia de un pueblo de jinetes. La forma de tablero es correlativa de la llanura y del hombre sin complicaciones espirituales. Sólo un ojo que se anubla para la percepción de los matices y de los tonos en las sinfonías panorámicas, tolera sin disgusto la sinceridad grosera de la calle perpendicular y la edificación en planta baja en manzanas enteras por las que sube el llano. El trazado gótico de las calles, las manzanas como losas, se dirían la figura geométrico-edilicia del tedio. [...] Por esas infinitas calles rectas, por esas canaletas el campo desemboca en las ciudades [...]. Por esas calles rectas es imposible salir [...] (pp. 146-147).

Los terrenos baldíos de ayer son las casas de un piso ahora [...]. Por eso Buenos Aires tiene la estructura de la pampa; la llanura sobre lo que va superponiéndose como la arena y el loess otra llanura; y después otra. Pero no ha ido formándose pareja y homogéneamente, sino con fracturas y por zonas. [...] Cada edificio es la forma de cemento que toma la táctica de adquirir su costo [...] son ensayos, casas provisorias para ocupar el terreno y darle valor [...] la feria portátil de los gitanos [que] es la estafa y la fuga. [...] Por todas partes la ciudad está invadida por la pampa; las estancias vendidas y los campos bien arrendados se transforman en edificios (pp. 150-152).

La imagen de la invasión de la ciudad por la pampa es la realización más plena del triunfo y el fracaso de la táctica de las fronteras con que se constituyó el país desde su origen: el aislamiento de la región europea, que convierte lo civilizado en barbarie, y la infiltración de América por entre sus resquicios, que reintroduce por añadidura lo otro presuntamente enterrado. Todos los tipos y figuras

que describe Martínez Estrada en la ciudad revelan esta mala cruz, este continuo presente del pasado en moldes nuevos: el gaucho que reaparece bajo la camisa de plancha (p. 253); el guapo, el guarango y el compadre que emblematizan la cultura urbana; la barbarie que vuelve por sus fueros en los corsos, los comicios y los estadios (p. 128).

Así, en esta llegada a Buenos Aires se completa el “método cartográfico” de *Radiografía de la pampa*: cada plantilla es una condensación mejorada de todas las anteriores. No son representativas de diferentes problemáticas del país, sino análogos del todo. En las lecturas parciales de los conflictos territoriales que hace *Radiografía*... se pueden encontrar diagnósticos agudos sobre cuestiones acuciantes del período: el dominio del litoral, el rol de los ferrocarriles, la desproporción de la expansión metropolitana. Pero creo que conducen a malinterpretaciones las lecturas episódicas (favorecidas, por cierto, tanto por la desmesura del libro como por el talento epigramático de su autor) que encuentran aciertos o anticipaciones en los diagnósticos puntuales –diagnósticos, por otra parte, ya generalizados en la literatura de la época, como siempre se señaló, desde Agustín Álvarez a Alejandro Bunge–. Creo, en cambio, que la originalidad de Martínez Estrada debe encontrarse en este procedimiento analógico en espiral que se realiza en el corazón de su Atlas; en este angostamiento del todo a la parte que presupone la conexión universal de cada parte con el todo (y de esa circularidad proviene tanto el efecto acumulativo –y por momentos asfixiante– de la argumentación, como la incesante apertura que, en cada vuelta del espiral, ofrece claves para nuevas lecturas). Por eso cuando se llega a Buenos Aires se descubre que no es una región del país, sino su sínecdoque, la más alta expresión de su territorio y, en él y por él, de su historia. Por eso, también, en cualquier parte del libro se puede realizar el trayecto de ida y de vuelta, de lo

general a lo particular, a través de los planos superpuestos que presentan en simultáneo toda la historia, porque en cada una de las fracturas del territorio ella se encuentra íntegra.

A partir del corazón urbano (que en realidad es cabeza), es posible, entonces, volver a recorrer todos los círculos hasta el anillo más externo, el Estado, la “ficción de cohesión” que simula cubrir todos los mapas pero apenas puede llenarlos “con partículas de su disociación”, como “la estructura de un esqueleto externo, de artrópodo, de tres millones de kilómetros cuadrados” (p. 119). En este nuevo recorrido todas las relaciones se han vuelto a trastocar, incluso invirtiendo la relación de propiedad-país con el interior (que es lo de “afuera”, visto desde el país litoral): “El puerto daba una nueva fisonomía al país, que no tenía que ver casi con su estructura geográfica. [...] La República queda a la espalda y a los extremos de la llanura fértil, estableciéndose entre esas dos regiones, la extranjera y la argentina, la periférica y la interior, una competencia infeliz para la más aislada y pobre” (p. 39). Pero, a pesar de lo que parece implícito en esta afirmación, la configuración en espiral separa a Martínez Estrada también de la lectura crítica sobre la configuración del país que en la década de 1930 se va a ir generalizando: la figura de “las dos Argentinas”, por medio de la cual no sólo se rechazará el dominio del litoral sobre el interior, sino que se reorganizarán todas las polaridades valorativas, pasándose de la de *civilización y barbarie* a la de *país falso y país real*, de matriz francesa y gran influencia en otros diagnósticos contemporáneos igualmente célebres, como la oposición entre la Argentina *visible* y la *invisible* de Eduardo Mallea.

Como vimos, la cuestión de la autenticidad es un problema clave en *Radiografía de la pampa*, pero ella no produce dualismos unívocos sino que avanza también en un espiral de mutua contaminación. Por eso, Buenos Aires es al mismo tiempo la causa de la

“guerra civil” que destruyó el interior, y los más profundos deseos imaginarios de éste (p. 253): “era, creciendo sin medida, la medida de la verdad del interior vacío, hostil, incapaz de atraer, repeliendo y ahuyentando” (p. 144). Buenos Aires *es* el país, falso y verdadero: “Buenos Aires es Trapalanda” (p. 145) escribe Martínez Estrada cerrando su razonamiento y devolviéndonos al comienzo del libro (y al comienzo de la historia americana) cuando simboliza con aquella figura mitológica la carga de ambiciones imaginarias que depositaron los hombres europeos en esta tierra. Por eso, finalmente, entre civilización y barbarie no hay sutura posible (p. 256) y la “gran ciudad” cabe como contrapartida perfecta en la ausencia de la “gran nación”.

4. Canal Feijóo: constitución y planificación

Podríamos sintetizar todo el empeño de Canal Feijóo diciendo que buscó cerrar el “ciclo de las formulaciones ontológicas”, como caracterizó Jaime Rest el programa ensayístico que condensa Martínez Estrada.²⁸ Los problemas no surgen para Canal Feijóo de una condición geográfica originaria, sino de una “constitución” del cuerpo de la nación histórica y cultural, por lo tanto, modificable. Pero lo interesante de esa radical oposición es que se da claramente en los contenidos y en el ánimo analítico, pero no en sus procedimientos, al menos en el tipo de procedimientos que estamos enfocando aquí, los de la imaginación territorial. Y eso hace a los dos autores especialmente comparables: ¿qué dicen los mapas de cada uno del país que ve cada uno? Tales son los términos en que el propio Canal Feijóo pone el problema: “El mal

que aqueja al alma argentina es la falta de imaginación nacional”, responde al clásico diagnóstico sarmientino replanteado una y otra vez hasta Martínez Estrada.²⁹ La extensión no es el mal de la república, sino apenas el síntoma del verdadero mal: la incapacidad del alma argentina por asumir un “sentimiento patriótico de la totalidad geográfica [que] si no es un sobreentendido cartográfico, es un milagro”. Por eso se va a proponer auscultar la “estructura somática” del país para entender los problemas que “propone la cosa-res-geográfica en que se desenvuelve el destino nacional”: “el alma argentina se parece demasiado a su tierra”.³⁰

Canal Feijóo es un hombre del interior, convencido de la potencialidad simbólica que encierra su ciudad natal, Santiago del Estero, para un programa de recuperación de la “totalidad geográfica”: Santiago fue la primera ciudad fundada por los españoles en territorio argentino y es capital de una de las provincias más devastadas por la modernización; de hecho, en muy pocos años desde comienzos de siglo, el “país de la selva”, como lo llamó Ricardo Rojas –también de familia santiagueña–, se había convertido en un páramo por efecto combinado del ferrocarril y la industria forestal que lo servía. Pero, al mismo tiempo, Canal Feijóo es una personalidad cosmopolita y moderna, reacia al tradicionalismo en que iría a derivar buena parte de la intelectualidad que buscó identificarse con las mismas causas: vinculado desde temprano con los núcleos de la renovación estética y cultural porteña, forma en 1925 la Asociación Cultural “La Brasa” en Santiago como una sucursal mediterránea de las innovaciones de la Capital, escala obligada de viajeros

²⁸ Jaime Rest, “Panorama del ensayo”, *Historia de la literatura argentina*, 2ª ed., Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980, vol. 1.

²⁹ “El norte”, prólogo de Bernardo Canal Feijóo al volumen del mismo nombre, Buenos Aires, Emecé (colección Buen Aire), 1942, p. 10.

³⁰ *De la estructura mediterránea argentina*, Buenos Aires, s/e, 1948, p. 62. A partir de ahora, *EM*.

en gira (Frank y Keysserling, por ejemplo), exposiciones de arte de vanguardia o audiciones de música moderna.³¹

Pero, ¿cómo puede pensarse desde una ambición modernista ese interior tradicional y pobre, tan distinto de aquel ya actualizado estéticamente por la “vanguardia criollista” en la figura del gaucho y de la pampa? Éste es un verdadero problema en la Argentina: la precariedad de los referentes para, en los términos en que ya lo venía planteando un sector de las vanguardias internacionales, anclar en la peculiaridad lugareña los rasgos de la renovación estética y cultural. Si nos centramos en la relación entre vanguardia local y mirada externa, fundamental en muchas construcciones culturales del período en Latinoamérica, es fácil notar que así como las vanguardias brasileñas –por poner el caso más conspicuo– pudieron viajar con Blaise Cendrars a Tiradentes para encontrarse con el mundo indígena y colonial de donde extrajeron la figura de *antropofagia*, y, más tarde, con Lina Bo Bardi a Bahía para encontrarse con en el mundo negro, los viajeros vanguardistas en la Argentina se quedaron en la pampa, no porque no llegaran al resto del país, sino porque la ausencia de culturas tradicionales firmes en el interior vaciaba de sentido todo intento de trascender la llanura, expresión material inmejorable, en todo caso, de aquella misma ausencia.

En este marco restringido para las lecturas vanguardistas, hacia la década de 1920 podemos ver transcurriendo la vocación interior en la cultura argentina, muy esquemáticamente, por tres caminos. El primero, el de la literatura que desarrolla desde finales de

siglo lo que puede caracterizarse como un “regionalismo débil”, porque busca pluralizar el mapa argentino incorporando todas las regiones del viejo país colonial pero en función de un imaginario nacional de muy limitada escala cromática: reducida casi con exclusividad a la cultura hispano-criolla, con alguna pincelada indígena como fondo decorativo. Este camino parte del diagnóstico de una pérdida: la de la fuerte homogeneización cultural en el territorio que habría existido antes de la modernización de la agricultura y la industria; como indicaba Juan Álvarez, “de un extremo a otro de la República, el idioma, las tradiciones, el caballo y la vaca” habían creado durante varios siglos “hábitos de vida semejantes atenuando regionalismos”.³² Y busca contraponer aquella homogeneidad replegada en el interior a las tendencias disolventes del aluvión inmigratorio en el litoral urbanizado. Así que la limitación del programa potencia la del referente, y la literatura regionalista se resuelve en un catálogo de paisajes.³³

Otro camino es el del movimiento Neocolonial que, aún sin ánimo vanguardista, venía buscando desde el Centenario los motivos de inspiración para una renovación estética en las fuentes interiores de la cultura nacional. Celebrado por Ricardo Rojas en *Eurindia* (1922), con importante arraigo en la arquitectura y las artes decorativas (de hecho, la estilización de motivos indígenas fue una de las claves del suceso del Art Decó en América Latina, como una vía de moderniza-

³¹ “La Brasa” logró editar su propia revista entre 1927 y 1928. Canal Feijóo había viajado a estudiar a Buenos Aires, donde cursó el Colegio Nacional y la Facultad de Derecho, y allí estableció contacto con los movimientos culturales porteños que mantuvo a su regreso a Santiago. Véase Octavio Corvalán, *Bernardo Canal Feijóo o la pasión mediterránea*, Santiago, Universidad Nacional de Santiago del Estero, 1988.

³² *Las guerras civiles argentinas* (1914), Buenos Aires, EUDEBA, 1966, pp. 31-32.

³³ Roberto Giusti (*Nosotros*, No. 11, Buenos Aires, 1908) pudo decir que gracias a *El país de la selva* Santiago ya tenía su libro, como La Rioja había tenido el suyo con *Mis montañas*, usando términos casi idénticos a los que quince años antes usara Rafael Obligado para celebrar este último, cuando escribió que Joaquín V. González había incorporado la cordillera a la literatura argentina, hasta entonces sólo habitada por la llanura (carta a Joaquín V. González del 5 de abril de 1892, publicada como prólogo a *Mis montañas*, 1893).

ción con puntos de contacto estrechos con el Neocolonial), este movimiento encuentra límites aún más radicales que el regionalismo. Es que nace, en verdad, de una aporía, ya que para oponerse con eficacia al “exotismo” de la metrópoli cosmopolita acude allí donde encuentra las claves alternativas más legibles, el arte barroco del Alto Perú, con lo cual no logra sino un nuevo exotismo bastante más extraño a cualquier raíz local, como aparece con patética claridad en la casa que Ángel Guido le hiciera a Rojas en 1928 en Buenos Aires (hoy Museo Rojas).

El tercer camino no es artístico, sino científico, la indagación etnográfica. Desde las expediciones de Samuel Lafone Quevedo y Juan B. Ambrosetti en las últimas décadas del siglo XIX, la arqueología y el folklore del norte del país habían comenzado a ser valorizados: buena parte de los esfuerzos de los integrantes de “La Brasa” se dirigió a la recolección de tradiciones de la zona, en un gesto que a la reivindicación cultural buscaba sumar pretensiones científicas; de hecho, en la década de 1930 comenzará recién a desarrollarse con sistematicidad el relevamiento del acervo folklórico del norte argentino.³⁴ Éste es el camino que tomó también Canal Feijóo, quizás porque la ambición romántica de recomponer la cultura nacional en los restos del lenguaje, los mitos y leyendas, las danzas y las artesanías, las comidas y las medicinas de las clases populares nativas, estaba en la cuarta década del siglo atravesada definitivamente no ya por la tradicionalista científicidad del coleccionismo decimonónico (al modo de la mayor parte de sus compa-

³⁴ Juan Alfonso Carrizo reúne en la década los primeros cancioneros populares: de Salta en 1933, Jujuy en 1934, Tucumán en 1936 y La Rioja en 1942. Como ejemplo del tipo de producción que realizaban otros miembros de “La Brasa”, véase los trabajos de Orestes Di Lullo, como *El folklore de Santiago del Estero (material para su estudio y ensayo de interpretación)*, Santiago, Universidad Nacional de Tucumán, 1943.

ñeros de empresa en las provincias), sino por el carácter modernizador de las ciencias del hombre, desde la antropología hasta el psicoanálisis. En sus primeros trabajos de carácter etnográfico, de 1937 y 1938, Canal Feijóo utilizó un espectro de referentes que van de Levy-Bruhl a Malinowsky y de Caillois a Bachelard; un instrumental de clara impronta “quiromántica” con el que buscará diferenciar sus aproximaciones documentales.³⁵ Y la noción de documental es clave para comprender el tipo de modernismo de esta búsqueda, si se recuerda que esta década es también la del surgimiento del documental antropológico, que logra combinar una vocación realista en el medio más moderno, el cine.³⁶

Ése es el campo de fuerzas culturales y estéticas desde el cual Canal Feijóo escribe en 1937 la reseña que lo confronta con *Radiografía de la pampa*, en la que presenta buena parte del programa de su indagación ensayística posterior. Como se sabe, la oportunidad de la reseña es el premio municipal que se le ha otorgado al libro con un retraso de cuatro años, y el primer problema, para el reseñista, es ese desfase que cambia completamente los parámetros de valoración, ya que en la segunda mitad de la década habría “pasado la hora” de las “diagnosís turísticas y extranjeras” con las que identifica el empeño interpretativo de Martínez Estrada.³⁷

Sus puntos programáticos son, en primer lugar, el rechazo de una característica tí-

³⁵ Véase *Ensayo sobre la expresión popular artística en Santiago*, Compañía Impresora Argentina, Buenos Aires, 1937, y *Mitos perdidos*, Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1938.

³⁶ Por ejemplo, en 1935, Victoria Ocampo se basaba en el impacto que le produjo *El hombre de Aran*, el célebre film de Flaherty, para ejemplificar la necesidad –definitoria de toda una cantera de propósitos de la revista *Sur*, comenzando por el propio nombre– de realizar un esfuerzo análogo en la Argentina por relatar “la historia de nuestra tierra y del hombre que en ella lucha”; véase *Sur*, No. 10, 1935.

³⁷ “Radiografías fatídicas”, *Sur*, No. 37, Buenos Aires, 1937. A partir de ahora, RF.

pica de esas diagnósis: el subjetivismo, que atribuye a complejos psicoanalíticos o a algún “fatum orgánico” problemas cuyas causas deben buscarse en razones políticas, sociales y económicas; éste ha sido siempre el aspecto más resaltado de la reseña, y es el rasgo programático de Canal Feijóo que ha favorecido alguna lectura “materialista” de izquierda de su obra posterior. En segundo lugar, el rechazo del anacronismo en los juicios históricos. Para la reseña, si bien *Radiografía de la pampa* acierta en que “bajo muchos aspectos hemos vivido fundamentalmente en falso” y que “en los últimos cincuenta años hemos sido por momentos mucho más colonia que antes de nuestra independencia”, al mismo tiempo es fundamental reconocer que las ideas que llevaron a ello fueron el “fruto mecánico” del momento histórico en que la Argentina se vinculó con el mundo: “negarse a la ‘ilusión del progreso’, al ensueño de grandezas, al fetichismo capitalista y otros errores de hoy que fueron verdades capitales hace pocos años, hubiera significado prueba de inhistoricidad” (RF, p. 74). Es una ponderación de las lógicas históricas básica para el reformismo de Canal Feijóo, que le va a permitir “comprender” las razones contextuales de quienes construyeron la Argentina, especialmente Sarmiento y Alberdi, aunque encuentre pocos motivos para celebrar sus resultados.

Por eso va a dirigir su tercer punto programático, la denuncia del “argumento del desierto” como explicación para los males nacionales, más que contra quienes lo crearon en el siglo XIX, contra quienes lo continúan en sus días, como Martínez Estrada. La figura del desierto buscó dar por verdadero el vacío del interior (es decir, la parte “ocupada” por la historia colonial o por el indio, aclarará Canal Feijóo) para presentar el reemplazo de las formas culturales tradicionales por los nuevos términos del capitalismo occidental como una ocupación *ex nihilo*. De allí sale la política alberdiana “del gajo”, me-

táfora botánica que señalaba que aquí nada bueno podía crecer de raíz. Pero si en su origen esto había supuesto al menos un programa para la modernización de la nación, con el tiempo quedó finalmente perpetuado como prejuicio e impotencia: “el desierto, el tremendo desierto americano, sólo existe en la medida en que una estúpida política ha descuidado los problemas de la población y del arraigo rural” (RF, p. 75).

Canal Feijóo irá recrudesciendo en sus ensayos posteriores el juicio sobre los fundadores de la Argentina moderna, en un *crescendo* que acompañará el de su pesimismo al ver la fuerza con que aquellas representaciones (falsas) pudieron moldear los límites (verdaderos) de la realidad nacional; y, paradójicamente, ese pesimismo lo acercará en muchas conclusiones a Martínez Estrada. Pero siempre buscará desarmar “esa cosa que las filosofías de la historia argentina llaman ‘El Interior’, y que ellas se representan como una especie de ente global amorfo, oscuro, opuesto al otro ente claro, formal y específico –Buenos Aires–, en cierta consabida dialéctica de la existencia nacional”, como afirma en el prólogo a *De la estructura mediterránea argentina*. No se instala para hacerlo en la “denuncia” contra Buenos Aires, cuyo predominio comprende también como un producto histórico inevitable, y así se separa radicalmente –como vimos que también hacía a su modo Martínez Estrada– de la figura de “las dos Argentinas”, ya completamente hegemónica en las lecturas críticas de finales de la década. Porque para desarmar ese “ente global amorfo” en realidades específicas no bastaba, para Canal Feijóo, con contraponer una valoración diferente, sino que era necesario una diferente “filosofía de la historia argentina”.

Mi hipótesis en este punto es que, para hacerlo, debió abreviar en una visión de la historia como la de Juan Álvarez, una de las pocas que ofrecían entonces una alternativa

articulada con el gran relato nacional cristalizado por Mitre (y con su inversión revisionista). En Álvarez, primero en *Las guerras civiles argentinas* (1914) y luego en *Buenos Aires* (1918), la historia argentina no aparece bajo la forma de una lucha entre la civilización y la barbarie (encarnadas respectivamente en Buenos Aires y aquel interior indiferenciado), sino como la conflictiva evolución de pugnas entre bloques regionales que culminó con la imposición del dominio del más fuerte; desde ese dominio se articuló el país moderno, incluso la visión de su historia, marcado por la imposibilidad de constituirse como “un todo sólidamente homogéneo”.³⁸ Según expresó Halperin Donghi, para Álvarez la historia argentina no resultó como la de los Estados Unidos, el progresivo armado de un sistema federal de estados, sino como la de Alemania, un compuesto de regiones en conflicto hegemónico por la región más poderosa: Prusia, allá; Buenos Aires, acá.³⁹

A partir de esta hipótesis general, en *Las guerras civiles...* se despliega una doble línea argumental cuyos rasgos veremos reaparecer en Canal Feijóo. Por una parte, se va mostrando el desajuste entre los límites provinciales y las “regiones naturales”. Álvarez utiliza como base para su interpretación regional el trabajo de Enrique Delachaux de 1908, la primera propuesta de geografía regional en el país. En ella se contraponen una noción “natural” de región frente a la convencionalidad política de las jurisdicciones provinciales, posición que estaba generalizándose en la geografía desde finales de siglo bajo la apelación a la mayor precisión científica y, como señala agudamente Silvina Quintero, que en la Argentina de comienzos de siglo se articuló con dos motivaciones políticas: el debate sobre los cupos de represen-

tación política provinciales y los debates sobre el librecambismo y la aduana.⁴⁰

Por otra parte, *Las guerras civiles...* busca mostrar, a partir de aquella concepción regional, que cada momento conflictivo de la historia argentina del siglo XIX ensayó formas de agrupación “de fronteras reducidas e intereses homogéneos”: el proyecto de 1817 atribuido a Artigas (la región litoral con la Banda Oriental y parte del Paraguay); el de la República de Entre Ríos (toda la Mesopotamia) de 1820; el de la República de Tucumán (Tucumán y Catamarca) del mismo año; el de la región de Cuyo entre 1820 y 1822; los de la Liga Litoral y la Liga Militar en 1830-1831, etc., etc.: “y tan natural fue [cada] agrupamiento, que sorprende que sólo se haya visto en ello fenómenos de ciega anarquía”.⁴¹ Así que el “desierto” no sólo no fue tal, sino que estuvo preñado de alternativas histórico-territoriales al modelo del país litoral, que buscaban traducción en propuestas constituyentes. Pero tal vez el dato más llamativo –en el sentido del tipo de influencia que interesa notar en Canal Feijóo– es que Álvarez considera necesario no sólo reproducir los mapas de Delachaux, sino realizar esquemas cartográficos con cada uno de los agrupamientos regionales que releva en cada episodio histórico. No es fácil encontrar este tipo de representación gráfica en los ensayos históricos del período (y también seguirá siendo extraordinario en la historiografía y en la ensayística posterior); también Canal Feijóo va a comenzar sus textos sobre la conformación nacional con una ubicación cartográfica de los problemas que trata (en *De la estructura...*, la señalización en el mapa argentino de la región sobre la que escribe; en *Teoría de la ciudad argentina*, las plantillas superpuestas

³⁸ Juan Álvarez, *Las guerras civiles...*, cit., p. 22.

³⁹ Tulio Halperin Donghi, curso dictado en la Universidad Nacional de La Plata en 1994.

⁴⁰ Silvina Quintero, “Geografía y territorio. Regiones y regionalizaciones en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX”, mimeo, Buenos Aires, 2000.

⁴¹ *Las guerras civiles...*, cit., pp. 43-44.

que permiten hacer la correspondencia entre el “mapa político” y el “mapa etnográfico” del poblamiento original). Creo que esta necesidad compartida no está desligada de la conciencia de los autores sobre el carácter excéntrico de la causa que defienden en relación con los relatos canónicos sobre la historia nacional. Si, como dijimos, en las primeras décadas del siglo comienzan recién a generalizarse las representaciones cartográficas, esta “conciencia de mapa”, digamos, de Álvarez y Canal Feijóo, hace explícita su común vocación por trastocar las convenciones de la imaginación social acerca de la relación entre territorio y nación.

Pero antes de ver los mecanismos específicos con que lo lleva adelante Canal Feijóo (sus mapas de identidad), mencionemos el último tema programático que ya es posible encontrar en su reseña a *Radiografía de la pampa*. Concluyendo la crítica, el reseñista propone su alternativa ya no a los métodos de lectura histórico-cultural o a los diagnósticos que se derivan de ellos, sino a las salidas que abren hacia el futuro. Así, “frente al signo fatúmnico que pudiera presidir el destino, no sólo cabe una actitud de renuncia nirvánica: también queda propuesto el heroísmo” (RF, p. 75). Se trata de un heroísmo muy particular:

Si X, hombre de gobierno, sueña con que la explotación al uso de empresa capitalista de los bosques de tal o cual región, habilite nuevas zonas para la agricultura, y tiene un plan de colonización de las mismas, está obligado a pensar en las siguientes cosas cuando menos: en si las tierras son aptas para cultivos, en si su irrigación es suficiente, etc. Si halla que las tierras son buenas pero las posibilidades de riego escasas o inseguras (a consecuencia, eventualmente, de que la misma explotación de los bosques ha reducido el índice de precipitaciones pluviales, por ejemplo), no podrá dar por rotos allí mismo su sueño y su plan; buscará la condición final y no tardará en

descubrir que la solución está en acrecer y asegurar las posibilidades de riego. Y de ahí al “heroísmo” de concebir la construcción de canales de riego y de diques de embalse para contrarrestar el fatidismo de la realidad planetaria, no hay más que un paso de muñeco de cuerda (RF, p. 76).

Canal Feijóo está hablando, en verdad, de problemas básicos del país mediterráneo, y su heroísmo prosaico es lo que apenas unos años después formalizará como un programa de planificación regional. Ese programa está presente en los trabajos que escribe entre 1938 y 1943, en los cuales explica cómo fue definiéndose su convicción “de que la solución constitucional u orgánica de los problemas estudiados, no podía dejar de tener el nombre de ‘planificación’ [...] entendida como la constitución racional de un orden de relaciones entre el hombre y su mundo de cosas propias, en que conjuguen la estabilidad, la seguridad y la autonomía democrática, con la justicia y la prosperidad” (EM, p. 16); da lugar a un empeño completamente peculiar en un hombre de letras en la Argentina del siglo XX, como es la organización del Primer Congreso de Planificación Integral del Noroeste Argentino (PINOA) en 1946; concluye su tratado más sistemático sobre el territorio argentino, la *Teoría de la ciudad argentina*, de 1951.

Es un tipo de regionalismo que se distancia de aquellos dos con finalidades políticas que caracterizó Quintero para comienzos de siglo, y que podríamos llamar “regionalismo humanista”; su referente internacional más claro en la época es Lewis Mumford –ya mencionado a propósito de las influencias de Spengler–, de temprana difusión en la Argentina. Por ejemplo, el número 3 de *Sur*, en 1931, publica un largo artículo suyo que resume los argumentos del libro sobre el arte en los Estados Unidos de la posguerra civil que estaba siendo editado ese mismo año; sus teorías regionalistas y de la “planificación

democrática”, desarrolladas en *Technics and Civilizations* (1934) y *The Culture of the Cities* (1938), fueron seguidas puntualmente por los medios de la arquitectura y el urbanismo en la Argentina, asociadas con la difusión exitosa del New Deal rooseveltiano que parecía encarnarlas puntualmente en emprendimientos como la planificación del Valle del Tennessee, de enorme impacto internacional (y gran repercusión local).⁴² A Canal Feijóo se le ofreció un acceso específicamente técnico a esas posiciones a través del arquitecto Jorge Kalnay, autor de algunas obras clave del modernismo en Buenos Aires y uno de los protagonistas del debate urbanístico en la década de 1930, que lo secunda para organizar el congreso del PINOA.⁴³ Kalnay había sido el interlocutor principal del urbanista alemán Werner Hegemann en su visita a Buenos Aires en 1931, participante activo en la asociación Los Amigos de la Ciudad y en la organización del Primer Congreso Argentino de Urbanismo de 1935. Y en el PINOA participaron, además de una gran cantidad de técnicos y funcionarios, otras figuras importantes que sintonizan con diferentes aspectos de la actualización del modernismo urbano y territorial. Por una parte, algunos personajes centrales en la introducción de las corrientes “humanistas” de la planificación anglosajona en la Argentina, como José María Pastor. Por

⁴² El artículo de *Sur* es “El arte moderno en los Estados Unidos”, y sintetiza los capítulos sobre arte y fotografía de su libro *The Brown Decades. A Study of the Arts in America (1865-1895)*, de 1931 (traducido en 1960 al castellano como *Las décadas oscuras*, Buenos Aires, Infinito). *Técnica y civilización* fue traducido en 1971 y *La cultura de las ciudades* en 1945, pero sus posiciones se difundieron en español junto con las ediciones originales. La empresa de planificación del Valle del Tennessee, por su parte, mereció publicaciones especiales en las principales revistas de arquitectura, urbanismo y geografía.

⁴³ El congreso se realizó en septiembre de 1946 en Santiago del Estero; sus actas están publicadas como *Primer Congreso Regional de Planificación del Noroeste Argentino*, Santiago, 1948. De aquí en más, PINOA.

otra, exponentes de la nueva vanguardia arquitectónica surgida en Buenos Aires a finales de la década de 1930, identificada con la búsqueda de una expresión estética regional; una vanguardia que contra el primer modernismo arquitectónico de inicios de la década, elitista y urbano, proponía la necesidad de que la radicalización estética se acompañe de un programa socio-político enfocado en los problemas del interior del país y la reivindicación de las culturas locales. La presencia en el PINOA de esta vanguardia es, en verdad, consecuencia natural de sus postulados, ya que varios de sus integrantes migraron hacia Tucumán, asentando en esa Universidad —de gran desarrollo durante el peronismo— una de las bases fundamentales de la renovación generacional en la cultura arquitectónica y urbana; de tal modo, dos figuras emblemáticas de ese grupo, como Jorge Vivanco y Eduardo Sacriste, representan en el PINOA instituciones estatales de la provincia de Tucumán.

En fin, esto puede explicar por qué el regionalismo, y en particular el interés por el norte tradicional y empobrecido, daban cauce al tipo de sensibilidad modernista que expresa Canal Feijóo, un “modernismo tierra adentro”: esa mezcla, entonces, de etnografía, historia regional y planificación regional. Mumford ofrece, para ello, un tipo de organicismo no restringido a la naturaleza o la historia, sino fuertemente transformador, que define la región como una “obra de arte colectiva” (igual que la ciudad), heterogénea y múltiple, en permanente intercambio con sus centros urbanos. La planificación se constituye, así, en instrumento ideal para una voluntad reformista, cuya inspiración Canal Feijóo va a buscar retomar de los constructores decimonónicos de la Argentina.⁴⁴

⁴⁴ No parece difícil imaginar que el reformismo de Canal Feijóo pudiera reconocerse complacido en la hipótesis de Mumford sobre la emergencia de la conciencia regional por etapas, por la cual habría un primer “ciclo

Bien, ahora podemos abordar la composición de sus mapas de identidad. Consecuente con esa voluntad *progresista* (en sentido lato), el Atlas que podría formarse con la obra de Canal Feijóo opone al espiral sincrónico de planos superpuestos de *Radiografía de la pampa*, una secuencia de planos sucesivos correspondientes a épocas históricas que explican el pasado y el presente y conducen a un proyecto de país futuro. La estructura general de este Atlas aparece realizada en la *Teoría de la ciudad argentina*.⁴⁵ El primer plano figura graficado en la apertura del libro, y es el que define el momento fundacional hacia el que, de acuerdo con Canal Feijóo, debe volver su interés la cultura argentina para refundarse completa: el momento del contacto entre las dos partes negadas por el reformismo decimonónico: las poblaciones indígenas asentadas en el territorio argentino y el conquistador español. El mapa muestra la relación entre la implantación de las diferentes etnias aborígenes y las ciudades fundadas por el español, y responde a la primera pregunta que le dirigirá al territorio: ¿cómo y por qué se decidió el sitio de cada ciudad; cómo se diseñó el “plan de las fundaciones”? (p. 12). Es una pregunta de extrema profundidad histórica y geográfica, pero que Canal Feijóo formula ya en clave fisiognómica, porque presupone en ese “plan” el diseño intuitivo de una constelación orgánica de ciudades, como una malla tensada por las “justas distancias” entre ellas (como en tantos pasajes de sus textos,

poético” (revalorización romántica de la lengua y la literatura de la región), un segundo “ciclo de la prosa” (interés por la totalidad de la vida y la historia de la comunidad) y un tercer “ciclo de acción” (el de los objetivos políticos, económicos y cívicos que encarna la planificación, ya no con ambiciones meramente restauradoras, sino hacia la renovación modernizadora de sus principios); cf. *Técnica y civilización*, pp. 314-315.

⁴⁵ Bernardo Canal Feijóo, *Teoría de la ciudad argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951. De aquí en más, TCA.

aquí también polemiza con las hipótesis mar-tínezestradianas, según las cuales la implantación de las ciudades fue el resultado irracional de la resistencia del caballo, primero, de la locomotora, después). Y la respuesta es coherente con el planteo simbólico: los fundadores encontraron la garantía de la justeza de cada sitio en los cambios de la melodía dialectal (la tonada) que informan de cada composición etnográfica originaria, y que ellos supieron “auscultar” reparando así la ausencia de indicios más firmes de localización de los núcleos poblacionales aborígenes. En una operación típica, Canal Feijóo invierte el razonamiento histórico a partir de la imaginación etnográfica, y va de adelante para atrás deduciendo de las hasta hoy reconocibles tonadas provincianas, el universo de razones que explican las decisiones fundacionales de los conquistadores, ofreciéndoles a éstas un bautismo de localidad: toda la evidencia toponímica de la diversidad lingüística (preocupación característica de las primeras recolecciones folklóricas) se sintetiza en la figura de la tonada para explicar *ex ante* el modo en que el español pudo orientarse para encontrar su propio *locus* al identificar los dioses lares de cada nucleamiento indígena. Por eso, hoy cada tonada provinciana sería el “índice de influjo aborígen” de cada zona (lule, diaguita, jurí, comechingona, etc.) “sobre la implantación española”, y la explicación de cada ciudad, la “justa distancia geográfico-tonal” (pp. 26-27). Con lo cual resuelve en un solo mapa las principales carencias que percibe en la cultura argentina: el arraigo en el mestizaje original que caracteriza culturas como la mexicana y la brasileña, y el trasfondo mitológico de las ciudades antiguas que la improvisación de la conquista en estas tierras no parecía ofrecer.

Éste es el mapa, entonces, de la primera serie de fundaciones, la de las ciudades mediterráneas: Santiago del Estero (1553), Córdoba (1558), Mendoza (1561), San Juan (1562),

Tucumán (1565) y Santa Fe (1573); ciudades de impulso interior que buscaron jalonar el avance tierra adentro de la empresa conquistadora (p. 34). El siguiente mapa surge con la segunda fundación de Buenos Aires (1580), desde donde se inicia un segundo ciclo de fundaciones mediterráneas: Salta (1582), Corrientes (1588), La Rioja (1591), Jujuy (1593), San Luis (1594) y Catamarca (1684); pero éste ya no forma parte del sistema original de la conquista: es un ciclo “de contragolpe”, de pretensiones potencialmente autónomas. Buenos Aires se funda a contramano de la ambición española, como “tentativa de fuga por la tangente del sistema circunferencial de la conquista” y en un sentido propiamente americano, ya que surge de la necesidad de una “nueva generación” nacida aquí, la de los “hijos de la tierra”, que en lugar de seguir buscando el “ingreso al fondo de la tierra”, buscaban las “puertas de la tierra” para una salida que era tanto de la geografía como de la época (pp. 37-38, 44-45). De esta necesidad “de la tierra” concluye Canal Feijóo que Buenos Aires fue, paradójicamente de acuerdo con los parámetros de la discusión que le era contemporánea, “la primera ciudad *argentina* originalmente necesaria y ‘auténtica’ [...] en ella empalmaban el fin necesario de la hazaña conquistadora, como empresa de puro espíritu medieval y mediterráneo, y el comienzo de una nueva aventura, como empresa ya de puro espíritu moderno, autonomista y litoral” (p. 44).

A partir de entonces, la historia del país será una “historia de dos ciudades”, la ciudad concéntrica y mediterránea y la excéntrica y litoral; la primera de vocación colonial y la segunda marina, por tanto, independiente. La historia de la ciudad mediterránea es la de una pura “voluntad de ser”, la afirmación una y otra vez, en Actas sin actos, de la existencia de Ciudad ante su propia precariedad y frente a la vastedad de las campañas, esa “inmensa realidad centrífuga y dispersiva que la niega”

(p. 55). La historia de la ciudad excéntrica es, en cambio, la del desarrollo de una “necesidad biológica”, una historia “automática”, en la cual las Actas quedan permanentemente a la zaga de la realidad “objetiva”, que se impone avasalladora. Es la historia del espíritu medieval frente a la del espíritu moderno, pero si por eso mismo su tensión se resolverá en la hegemonización de la última (y entonces, en la “monótona historia de una sola ciudad”), es sólo por la voluntad de la primera que pudo formarse la “*polis* nuclear y ‘política’ [...] la *civitas* para la civilización” (p. 57), por lo tanto, es allí donde quedó afincada la “dimensión indefinida de profundidad” y donde se debe acudir ahora “para una verosímil geografía de Nación” (p. 47).

Este mapa de “dos ciudades” es todavía el mapa pre-constitucional, el de la Colonia, un mapa de puntos: ciudades autosuficientes y estáticas que se recortan contra un vacío de territorio. El mapa siguiente, el del país independiente, el mapa pro-constitucional, en cambio, se resuelve como un mapa de líneas: un mapa *entre* ciudades, que ya intuye la necesidad de incorporar todo el territorio, los “enormes espacios intermoleculares que separan a las ciudades” desvalorizados bajo el nombre de “desiertos” (pp. 72-73). Toda la voluntad constitucional del siglo XIX se resume en su relación conflictiva con el territorio, “una razón de cenestesia geográfica aflictiva, que por un lado le muestra que hay demasiada tierra para un ideal de unidad conjuntiva y por otro le indica que no se está dispuesto a renunciar a esa demasía inútil, por más espantos y males que encierre”. Así, “la constitución se propuso ser la constitución de esa realidad”, alcanzar la unidad “de las fuerzas de dispersión, que eran principalmente geográficas” (p. 95). La constitución de la nación se ve desde la ciudad, que es por definición centralizada, y por eso el país se ve unitario, como freno a la dispersión descentralizada, federal, de las campañas. De

allí el malentendido por el cual Sarmiento puede creer que él es federal: lo que Sarmiento imagina es una federación de ciudades que se imponga sobre la campaña, es decir, una constitución unitaria. Y los conflictos del siglo XIX se explican para Canal Feijóo, a la manera de Alberdi, por “el federalismo egoísta de la hegemónica provincia de Buenos Aires, y no por el unitarismo biológico de su ciudad capital” (p. 124).

En ese mapa de líneas entre ciudades, Buenos Aires es la capital biológica, la “Ciudad-Nación” según el concepto ilustrado de Pellegrino Rossi comprendido por Rivadavia primero, por Alberdi después: “la ciudad en la cual se realiza la condición forzosa de integración de los elementos físicos e históricos o morales” que supone una comunidad nacional. En la “triangulación rigurosa” de la “predestinación geográfica básica del país”, Buenos Aires es la desembocadura natural, el “pájaro que ocupa el vértice del ángulo de vuelo de la bandada” (p. 118). Se dice que vive “de espaldas al país”, como si su posición geográfica e histórica fuera para ella optativa” (p. 120). Por eso, el mapa de líneas entre ciudades pro-constitucional no es un mapa de lógica geométrica, porque la recta más corta entre ciudad y ciudad pasa siempre por Buenos Aires, la prenda única de disputa y unidad; es un mapa en abanico (al que el ferrocarril resultó tan funcional “por su escasa connivencia con la naturaleza geográfica”) (p. 96), porque Buenos Aires fue “el resorte constitucional maestro”, la “condición-cierre” de la unidad nacional.

A diferencia de la hipótesis de “las dos Argentinas”, Canal Feijóo insiste en la necesidad de esa lógica radial de la constitución del país (y éste es el único gran punto de disidencia con Juan Álvarez, que señala la artificialidad de Buenos Aires); pero, a diferencia de la hipótesis pampeanocéntrica, la enmarca en un momento histórico preciso, el de la voluntad pro-constitucional. A partir de 1880,

como vimos, junto con la constitución cambió el mapa (por la incorporación de la Patagonia), volviendo anacrónica su figuración triangular con salida única hacia el mar; pero, sobre todo, el impulso desde Buenos Aires de un “progreso” que no atendió a ninguna de las particularidades del interior, y el crecimiento sin medida de la metrópoli, se convirtieron en la razón no ya de la unidad, sino de la fractura creciente de la nación. Y allí surge el último mapa de la serie, el mapa del “tercer tiempo de la magna sinfonía nacional” (EM, p. 93), el del “retorno aguas arriba” de la nacionalidad (TCA, p. 163): el mapa que supere el “diseño constitucional” a través del “diseño planificador”. Si “el único remedio contra una gran ciudad única es hacer un gran país, un país a su medida”, ello va a ser posible a partir de pensar “orgánicamente en el interior, en la interioridad nacional; entonces, la conciencia política no se sentiría ya obligada a emplear la palabra ‘constitución’; echaría mano de una expresión más pertinente: hablaría de ‘planificación’” (TCA, p. 139). La planificación regional aparece en el último mapa como la herramienta para torcer el mero naturalismo de la realidad geográfica que impuso siempre “un mínimo de posibilidad optativa” con su connotación evolucionista y fatalista (TCA, p. 148); para devolverle el “sentido somático [a] la idea de constitución” (TCA, p. 228); para cambiar un mapa de líneas centralizadas en abanico por otro que forme una trama descentralizada (TCA, p. 235).

¿Dónde se condensa ese nuevo mapa? A partir del hecho constitucional del siglo XIX, todo lo que la voluntad constructivista había concebido para descentralizar terminó funcionando como “instrumento de centralización”: los ferrocarriles y luego los caminos, el telégrafo, la escuela (EM, p. 68). Una constitución efectivamente descentralizada va a suponer, en primer lugar, diferenciar la provincia como “nominalización”, de la “realidad físico histórica” disimulada por aquel

nombre, la región (*EM*, p. 65). En segundo lugar, la organización racional de sus recursos naturales, que encuentra la alternativa a todo el “progreso” decimonónico en la conectividad transprovincial de los ríos. Y de todos los ríos argentinos, es el río Dulce-Salado el que como un “firme hilván” atraviesa todo el norte y llega al Paraná con una “voluntad integradora inequívoca”, el río más positivamente constituyente de todo el país (*EM*, p. 97). Durante el siglo XIX existió el proyecto de canalizarlo y hacerlo navegable, “la más hermosa alucinación del patriotismo realista de la conciencia constitucional argentina” (*EM*, p. 98), pero en lugar de conseguir capitales para invertir en el proyecto de esa “estructura ‘natural’ y permanente, fundada en un órgano ‘natural’ del ser somático argentino”, se aceptó que los capitales decidieran a su mejor conveniencia por el ferrocarril, aplicando “una estructura ‘ortopédica’ y contingente, fundada en un órgano facticio e inseguro” (y en ese punto Canal Feijóo apela a una oposición ya convencional desde comienzos de siglo pero, como habrán notado, que resuelve a través de una metáfora plenamente martínez-estradiana) (*EM*, p. 101). En segundo lugar, entonces, una planificación del río Salado que favorezca la “litoralización del interior” (*PINOA*, p. 37); que, como la del río Tennessee, resuelva los principales problemas de la región, desde la sequía –y su reverso lógico, las inundaciones– hasta la generación de fuerza motriz y el transporte fluvial (que incluye el turismo), resolviendo el problema de la despoblación y el trabajo.⁴⁶

El problema hidráulico es central entre las propuestas del PINOA porque el problema del agua es fundamental en el norte, pero tam-

bién porque resume una concepción global de la planificación regional, de completa raíz mumfordiana. Por una parte, tomar el río como unidad de planeamiento supone adoptar una noción social y geográficamente no homogénea de región: una noción cuya complejidad aparece en la figura de la “sección del valle”, que Mumford tomó del biólogo escocés Patrick Geddes y que ve la riqueza de la región en la diversidad, en la convivencia y el intercambio de distintos tipos sociales y culturales y de diferentes formas productivas y tecnológicas, tal como se asientan históricamente en los ambientes tan diferenciados que supone un perfil de valle, desde lo alto de la montaña hasta el lecho del río. Por otra parte, la experiencia del Tennessee ofrece un ejemplo organizativo para la descentralización institucional y política, la formación de la Autoridad Regional, una corporación investida de poderes gubernamentales pero con la flexibilidad e iniciativa de la empresa privada, fórmula típica del New Deal (*PINOA*, p. 35). En el caso argentino, se propone bajo la figura de la *corporación* apelando a una tradición de propuestas de gestión mixtas de la década de 1930, desde la exitosa Dirección Nacional de Vialidad hasta la fracasada Corporación de Transportes. Y ofrece el tercer aspecto para una constitución descentralizada, la participación activa de la sociedad civil, que exige la formación de una conciencia colectiva, con lo cual vuelve a quedar de manifiesto la impronta norteamericana de la idea de planificación regional: la “planificación democrática” frente al modelo soviético y, más localmente, frente a la creciente apropiación de la noción de planificación por el estado peronista. Así, en el PINOA se propondrá la formación de la Corporación Hidráulica del Noroeste Argentino y, más en general, la constitución de un Instituto de Planificación Regional Permanente, que no llegará a concretarse.

El pasaje de la “constitución” a la “planificación” expresa con creces la carga polí-

⁴⁶ Debo agradecer a Patricia Souto que me hizo conocer el análisis detallado que realizó con Andrea Ajón sobre el rol del concepto de región en el PINOA, en “Imágenes y representaciones del territorio: región y provincias en el Noroeste argentino”, mimeo, Buenos Aires, 1999.

tico-institucional que comenzaba a depositarse en esa técnica de gestión novedosa, optimismo técnico cuya condición de posibilidad es, paradójicamente, el peronismo, pero que llegaría a su apogeo una década más tarde durante el desarrollismo, cuando el heroísmo de la técnica muestre su lado menos prosaico al producir, como planteó Fernando Aliata, los nuevos monumentos patrióticos en las grandes obras de infraestructura territorial.⁴⁷ Es un pasaje típicamente voluntarista, que propone resolver a través de un salto tecnológico una fractura que es en verdad política y cultural. Esta contradicción recorre los trabajos de Canal Feijóo de este período como un bajo continuo: la tensión entre la visión negativa de la cultura que produjo históricamente la situación de fractura del país (esa cultura “del gajo” que se vio obligada a optar entre una “cultura adventicia” y una “incultura auténtica”, y que desde finales de la década de 1930 va a ser identificada por la mayor parte de los autores como el límite insuperable para la formación de una conciencia nacional) y la creencia optimista en su superación a través del instrumento modernizador por excelencia, la planificación, como si ésta pudiera ser llevada adelante por actores sociales que no tuvieran que ver con la situación que se llama a superar ni fueran su producto. Entre el pesimismo de la cultura y el optimismo de la voluntad, la planificación aparece como la

palanca para saltar la fractura, en función de una doble reconciliación por medio de la técnica: entre el pasado y el futuro, y entre la sociedad y el territorio; sin hacerse cargo de que la cesura no resuelta entre cultura y voluntad pudiera convertir el pasaje entre el mapa constitucional y el mapa planificador en un salto al vacío.

Coda

En un texto iluminador sobre la imaginación territorial brasileña, *A pátria geográfica*, Candice Vidal e Souza sostiene que la función de los relatos espaciales en el pensamiento social de aquel país fue “convencer de que hay Brasil”.⁴⁸ Podríamos parafrasearla para descubrir que la imaginación territorial del ensayo argentino parece haber buscado, en cambio, explicarse por qué no hay Argentina. El territorio no aparece en nuestros ensayistas como la certeza (o la promesa) de lo real-nacional, sino como la evidencia de su falta, ya sea que se considere irremediable, como en Martínez Estrada, o que se apueste a su constitución futura, como en Canal Feijóo. Quizás la comprensión de sus respectivos mapas de identidad, sus procedimientos y resultados, permita avanzar hipótesis acerca de esa peculiar inflexión del imaginario territorial del ensayo argentino. □

⁴⁷ Véase Fernando Aliata, “Comentario”, en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, citado.

⁴⁸ Candice Vidal e Souza, *A pátria geográfica. Sertão e litoral no pensamento social brasileiro*, Goiânia, Editora UFG, 1997, p. 21.